



*Referencias en la obra de Lacan*

“Referencias en la Obra de Lacan” es una publicación cuatrimestral de la Biblioteca de la Casa del Campo Freudiano inscrita en la Federación Internacional de las Bibliotecas del Campo Freudiano (FIBCF)

**Directora Responsable**

Verónica E. Carbone

**Directora Editorial**

Diana Etinger de Alvarez

**Directora Adjunta**

Diana V. de Indart

**Comité Editorial y de Redacción**

Alicia Bendersky (Coordinación General)

Maite Garzo

Ana Meyer

**Coordinador:**

Delfín Leguizamón

**Diseño:**

Horacio Wainhaus

**Producción Editorial**

Factoría Sur

N. Repetto (ex Añasco) 818

1405 Buenos Aires

T.E. 431-3757

República Argentina

**Correspondencia**

Riobamba 911 PB

Buenos Aires

República Argentina

“Referencias en la Obra de Lacan”, Año VI, Número 17

Hecho el depósito de la Ley 11.723

I.S.B.N. N° 987-99603-5-1

Permitida la reproducción parcial del contenido, previa autorización por escrito de la dirección de la publicación. Siendo de interés el intercambio con publicaciones periódicas de carácter científico, rogamos a las instituciones o personas interesadas dirigirse a la dirección de la publicación.

*En tapa: El juicio de un loco, detalle. 1880-1890. Imaginería de Epinal, n° 901.*



**Para el analista, el estudioso o simplemente el lector de la obra de Lacan, la consulta de los textos que cita en sus Escritos y Seminarios es una parte ineludible de ese ejercicio, apasionante, que es trabajar con la teoría lacaniana.**

*Lacan toma todo lo que la obra cultural y científica del hombre le ofrece, no sólo para ejemplificar o proporcionar modelos, sino también para construir distintos tramos de su teoría, y suele suceder que sólo una vez localizada la referencia puede uno darle su justo valor. Esta búsqueda no es tarea sencilla (por supuesto, tampoco es imposible). El Campo Freudiano en la Argentina, a través de esta publicación, ha abordado, como una de sus tareas, la recolección de textos que a veces, muy pocas, son inhallables, y otras, la mayoría, nos obligan a largos y complicados recorridos. Cada referencia va acompañada de una nota que ubica el lugar de la obra de Lacan en que es mencionada, pero no siempre hemos podido localizar todos los lugares en que éstas son utilizadas. En alguna ocasión incluiremos textos que no siendo referencias de Lacan constituyen una guía para la ubicación de ciertos conceptos.*

*Este número de "Referencias..." se suma al homenaje a los 400 años del nacimiento de René Descartes publicando un texto que recoge, ubica y analiza las principales referencias de Lacan a la obra de Descartes. Este trabajo pertenece a Sidi Askofaré, un colega africano que ejerce y enseña en Toulouse, Francia. Llegó a nuestras manos gracias a la generosidad de Germán García.*

*"Rondels": Gerardo Arenas reconoció en las palabras de Lacan el poema de S. Mallarmé. Su colaboración nos*

*permite ofrecer al lector de "Referencias..." tanto el poema como un aporte esclarecedor al texto de Lacan.*

*Las imagerías de Epinal: era casi imposible ubicarlas y conseguir el derecho a su reproducción. Casi..., Dominique Bentata-Hollard, una amiga parisina de "Referencias...", viajó con Laure Thibadeau a Epinal y no descansó hasta volver con el material y los derechos para publicarlo.*

*Como se ve, la vida de "Referencias..." es también la obra de sus lectores, sus colaboradores. Gracias a todos.*

17

## *Indice*

El juicio de un loco <i>Imaginería de Epinal</i>	11
Del arte de conversar <i>Montaigne</i>	15
La verdad de parto <i>Baltasar Gracián</i>	39
Cogito <i>Descartes</i>	61
Rondels <i>Stéphan Mallarmé</i>	79
Noches Aticas <i>Aulo Gelio</i>	85



## El juicio de un loco

### *Imaginería de Epinal*

*"En la fábula que leía, de niño, en las imágenes de Epinal, el pobre mendigo se solaza con el aroma del asado" en la puerta del restaurante. En este caso, el aroma es ese menú, es decir, está hecho de significantes, ya que todo lo que se hace es hablar."*

*Este fragmento se encuentra en el capítulo "En ti más que tú" de El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Desarrollando una conceptualización sobre el objeto a y su incidencia en el movimiento de la transferencia, Lacan se pregunta: "¿Qué sucede cuando el sujeto comienza a hablar al analista? ...al sujeto al que se supone saber, pero de quien se sabe que aún no sabe nada. Al analista se le ofrece algo que, necesariamente, cobra primero la forma de demanda. (...) Pero ¿qué demanda el sujeto? Este es el meollo del asunto, pues el sujeto sabe muy bien que sean cuales fueren sus apetitos, sus necesidades, ninguno encontrará allí satisfacción -con mucho, tendrá la satisfacción de organizar su menú."*

*Menciona nuevamente la imaginería de Epinal en El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis, cap. "El amo y la histérica".*

*Dice allí: "¿Qué es la verdad como saber?".*

*"Es un enigma."*

*"Los dos tienen la misma característica, propia de la verdad -la verdad sólo puede decirse a medias. Nuestra querida verdad que sale del pozo de la imaginería de Epinal, no es más que un cuerpo."*

*Reproducimos a continuación la estampa mencionada por Lacan, la serie completa de 16 que constituye la imagen*

Nº 901, y el texto completo de "El juicio de un loco" cuyos derechos fueron cedidos gentilmente por el señor Yves Kinossian, Director de los Archives Départementales des Vosges para esta publicación.

"Le jugement d'un fou". Image Nº 901. Copyright "Fonds de l'Imagerie d'Epinal S.A., A.H.C./Arch. dép. des Vosges, Epinal-48 J. Cliché J. Laurençon".

Traducción: Dominique Bentata-Hollard.

\* Población (cabeza del Departamento de los Vosges), ubicada sobre el río Mosela. Fue allí donde el impresor Jean Charles Pellerin (1756-1836) generó un famoso centro de imagería popular, cuyas creaciones, desde la Revolución, se hicieron célebres en toda Francia.

Actualmente se conserva la totalidad de su obra y de la de sus colaboradores en el Museo Internacional de la Imagería Popular, con asiento en la misma ciudad de Epinal.

\*\* En el original francés, *fricot*: guiso. En la versión española del Seminario, Libro 11, se ha traducido asado. Sin embargo, la palabra *fricot*, según el Diccionario Robert de la Lengua Francesa es guiso, comida groseramente cocinada.



Un pauvre diable achète chez le marchand de légumes, quelques légumes pour en faire un potage de soupe.



Le marchand de légumes commande au pauvre diable de lui préparer l'indigène dont il se dégage tout son sang.



Le pauvre diable s'y refuse. Le marchand de légumes le menace de le faire jeter dans les égouts.



Le pauvre diable résiste, et le marchand de légumes se fâche, et s'en va chercher un policeman de la grande police pour le faire jeter.



Le pauvre diable jette ses légumes dans le panier, et s'en va, sans se soucier de ce que le policeman va faire.



Le marchand de légumes dit au pauvre diable de lui préparer l'indigène dont il se dégage tout son sang.



Le pauvre diable s'y refuse, et le marchand de légumes le menace de le faire jeter dans les égouts.



Le pauvre diable résiste, et le marchand de légumes se fâche, et s'en va chercher un policeman de la grande police pour le faire jeter.



Mais le pauvre diable, qui est un homme de bien, s'empêche de jeter ses légumes dans le panier, et s'en va, sans se soucier de ce que le policeman va faire.



Le marchand de légumes dit au pauvre diable de lui préparer l'indigène dont il se dégage tout son sang.



Le pauvre diable s'y refuse, et le marchand de légumes le menace de le faire jeter dans les égouts.



Le pauvre diable résiste, et le marchand de légumes se fâche, et s'en va chercher un policeman de la grande police pour le faire jeter.



Quand on lui dit qu'il est un homme de bien, il s'empêche de jeter ses légumes dans le panier, et s'en va, sans se soucier de ce que le policeman va faire.



Le marchand de légumes dit au pauvre diable de lui préparer l'indigène dont il se dégage tout son sang.



Le pauvre diable s'y refuse, et le marchand de légumes le menace de le faire jeter dans les égouts.



Le pauvre diable résiste, et le marchand de légumes se fâche, et s'en va chercher un policeman de la grande police pour le faire jeter.



Quand on lui dit qu'il est un homme de bien, il s'empêche de jeter ses légumes dans le panier, et s'en va, sans se soucier de ce que le policeman va faire.



Le marchand de légumes dit au pauvre diable de lui préparer l'indigène dont il se dégage tout son sang.



Le pauvre diable s'y refuse, et le marchand de légumes le menace de le faire jeter dans les égouts.



Le pauvre diable résiste, et le marchand de légumes se fâche, et s'en va chercher un policeman de la grande police pour le faire jeter.



## EL JUICIO DE UN LOCO

1. Un pobre diablo parado frente al escaparate de una rotisería comía su pan olfateando el olor del guiso.
2. El rotisero quiso obligar a este pobre diablo a pagar el olor con que se deleitaba sin gasto alguno.
3. El pobre hombre se negó. Comenzaban a tirarse de los pelos cuando los vecinos los separaron.
4. Puesto que la pelea recomenzaba, los convencieron, a fin de acabar, que aceptaran el juicio de la primer persona que pasara.
5. Ahora bien, el primero que pasó era un loco muy conocido en el barrio, llegaba como de costumbre, nariz parada, sonrisa en los labios, y pulgares en las sisas del chaleco.
6. Cuando se enteró de lo que querían de él, el loco se subió sobre un barril y proclamó solemnemente. "El tribunal está constituido, comiencen, se los escucha."
7. Una vez escuchadas las partes, el loco descendió de su asiento y le dijo al pobre hombre "Deme cinco centavos."
8. En razón de esto, el rotisero, que creía haber ganado, se frotaba las manos, mientras el pobre diablo sacaba lastimosamente el dinero de su bolsillo
9. Pero entonces el loco, acercandose al dueño del establecimiento, que se preparaba a recibirlas, le mostró las cinco monedas, de frente y de perfil, diciendo: "Míralas bien, pero no las toques."
10. Luego, cuando el rotisero, aturdido, hubo mirado bien, el loco concluyó: "Ahora que las has visto bien, el tribunal establece el fallo sin apelación. Este hombre ha respirado tu guiso -tu has visto su dinero- ya están en paz."
11. Los espectadores aplaudieron el juicio. El dueño del establecimiento, vejado, entró en su cocina y el pobre reembolsó los cinco centavos que le devolvía el loco.
12. En ese intervalo, mientras la gente todavía estaba aplaudiendo, pasó el Rey. Intrigado, detuvo su caballo cerca del grupo e inquirió.
13. Cuando le hubieron contado lo que acababa de suceder, dió una bolsa de monedas al loco, diciéndole: "¡Ojalá tuviera muchos locos como tú entre mis jueces!"
14. Y al tiempo que se alejaba con esta reflexión, más calurosamente aplaudido aún que el mismo juicio, el loco ya contaba el dinero, y lo dividía en dos partes.
15. Después de lo cual, habiendo guardado una de las partes en su bolsillo,

puso la otra en su monedero y lo presentó al pobre hombre quien realmente no podía creer lo que le sucedía.

16. Habiendo colmado este último acto de generosidad, el entusiasmo provocado por tanta sabiduría inesperada, los dos héroes de esta aventura fueron *triunfalmente* aclamados.

*El juicio de un loco.* Imagen nº 901. Serie de 16 ilustraciones con textos. 1880-1890. ©Fonds de l'Imagerie d'Epinal, A.H.C. / Arch. dép. des Vosges, Epinal. Cliché J. Laurençon. Zincografía coloreada al "*pochoir*", placa de cartón o metal recortado sobre la que se pasa un cepillo o pincel para pintar dibujos o inscripciones.



## Del Arte de conversar

### Montaigne

*"Escepticismo es sostener la posición subjetiva -no se puede saber nada- (...) -querría mostrarles que Montaigne se centra, no en un escepticismo, sino en torno al momento vivo de la afanisis del sujeto. Y por esto es fecundo, guía eterno, que rebasa todo lo que fue capaz de representar respecto al momento por definir de un viraje histórico." En El Seminario, Libro 11, cap. XVII, Lacan distingue en estos términos a Michel de Montaigne, diferenciándolo de los escépticos. Lo hace cuando se centra en ese momento histórico de viraje epistémico en que Descartes realiza su deseo de certeza a través del cogito.*

*Ya en El Seminario, Libro 1, en su capítulo XXII, Lacan se había referido a Montaigne, cuando, delineando la posición del analista en los términos de ignorancia docta, dice: "El analista no debe desconocer lo que llamaré el poder de accesión al ser de la dimensión de la ignorancia, puesto que debe responder a aquel que, en todo su discurso, lo interroga en esa dimensión. No tiene que guiar al sujeto hacia un Wissen, un saber, sino hacia las vías de acceso a ese saber. (...) El psicoanálisis es una dialéctica, y lo que Montaigne llama un arte de conferir". (...) En otros términos, la posición del analista debe ser la de una ignorancia docta, que no quiere decir sabia.*

*Publicamos, del Libro VIII de los Ensayos de Michel de Montaigne, el capítulo VIII, "El Arte de Conversar".*

*de Montaigne, Michel Eyquem (1533-1592). Ensayos Selectos. Bs. As., Ed. El Ateneo, Col. Clásicos inolvidables, 1959. Trad.: C. Román y Salamero.*

\* Conferir, (del lat. *conferre*). Según el Diccionario Petit Robert, *conférer* tiene, entre otras, la siguiente acepción: v. intr. Estar en conferencia, tratar sobre un tema dado. V. Conversar, hablar.

## DEL ARTE DE CONVERSAR

### I

Es una costumbre de nuestra justicia el condenar a los unos para advertencia de los otros. Condenarlos simplemente porque incurrieron en delito, sería torpeza, como sienta Platón, pues contra lo hecho no hay humano poder posible que lo deshaga. A fin de que no se incurra en falta análoga, o de que el mal ejemplo se huya, la justicia se ejerce: no se corrige al que se ahorca, sino a los demás por el ahorcado. Igual es el ejemplo que yo sigo: mis errores son naturales e incorregibles, y como los hombres de bien aleccionan al mundo excitando su ejemplo, quizás pueda yo servir de provecho haciendo que mi conducta se evite:

*Nonne vides, Albi ut male vivat filius? utque*

*Barrus inops? magnum documentum, ne patriam rem*

*Perdere quis velit<sup>1</sup>*

publicando y acusando mis imperfecciones alguien aprenderá a temerlas. Las prendas que más estimo en mi individuo alcanzan mayor honor recriminándome que recomendándome; por eso recaigo en ellas y me detengo más frecuentemente. Y todo considerado, nunca se habla de sí mismo sin pérdida: las propias condenaciones son siempre acrecentadas, y las alabanzas descreídas. Puede haber algún hombre de mi complexión: mi naturaleza es tal que mejor me instruyo por oposición que por semejanza, y por huida que por continuación. A este género de disciplina se refería el viejo Catón cuando decía "que los cuerdos tienen más que aprender de los locos, que no los locos de los cuerdos"; y aquel antiguo tañedor de lira, que, según Pausanias refiere, tenía por costumbre obligar a sus discípulos a oír a un mal tocador, que vivía frente a su casa, para que aprendiera a odiar sus desafinaciones y falsas medidas: el horror de la crueldad me lanza más adentro de la clemencia que ningún patrón de esta virtud; no endereza tanto mi continente a caballo un buen jinete, como un procurador o un veneciano, caballeros. Un lenguaje torcido corrige mejor el mío que no el derecho. A diario el torpe continente de un tercero me advierte y aconseja mejor que aquel que place; lo que contraría toca y despierta más bien que lo que gusta. Este tiempo en que vivimos es adecuado para enmendarnos a reculones, por disconveniencia mejor que por conveniencia; mejor por diferencia que por acuerdo. Estando poco adoctrinado por los buenos ejemplos, me sirvo de los malos, de los cuales la lección es frecuente y ordinaria. Esforcéme por convertirme en tan



agradable, como cosas de desagrado vi; en tan firme, como blandos eran los que me rodeaban; en tan dulce, como rudos eran los que trataba; en tan bueno, como malos contemplaba: mas con ello me proponía una tarea invencible.

El más fructuoso y natural ejercicio de nuestro espíritu es a mi ver la conversación: encuentro su práctica más dulce que ninguna otra acción de nuestra vida, por lo cual si yo ahora me viera en la precisión de elegir, a lo que crea, consentiría más bien en perder la vista que el oído o el habla. Los atenienses y aun los romanos, tenían en gran honor este ejercicio en sus academias. En nuestra época los italianos conservan algunos vestigios, y con visible provecho, como puede verse comparando nuestros entendimientos con los suyos. El estudio de los libros es un movimiento lánguido y débil, que apenas vigoriza: la conversación enseña y ejercita a un tiempo mismo. Si yo converso con un alma fuerte, con un probado luchador, éste me oprime los ijares, me excita de derecha a izquierda; sus ideas hacen surgir las mías: el celo, la gloria, el calor vehemente de la disputa, me empujan y realzan por cima de mí mismo; la conformidad es cualidad completamente monótona en la conversación. Mas de la propia suerte que nuestro espíritu se fortifica con la comunicación de los que son vigorosos y ordenados, es imposible el calcular cuánto pierde y se abastarda con el continuo comercio y frecuentación que practicamos con los espíritus bajos y enfermizos. No hay contagio que tanto como éste se propague: por experiencia sobrada sé lo que vale la vara. Gusto yo de argumentar y discurrir, pero con pocos hombres y para mi particular usanza, pues mostrarme en espectáculo a los grandes, y mostrar en competencia el ingenio y la charla, reconozco ser oficio que sienta mal a un hombre de honor.

Es la torpeza cualidad detestable; pero el no poderla soportar, el despecharse y consumirse ante ella, como a mí me ocurre, constituye otra suerte de enfermedad que en nada cede en importunidad a aquélla. Este vicio quiero ahora acusarlo en mí. Yo entro en conversación y en discusión con libertad y facilidad grandes, tanto más cuanto que mi manera de ser encuentra en mí el terreno mal apropiado para penetrar y ahondar desde luego los principios: ninguna proposición me pasma, ni ninguna creencia me hiere, por contrarias que sean las mías. No hay fantasía, por extravagante y frívola que sea, que deje de parecerme natural, emanando del humano espíritu del derecho de emitir decretos, consideramos blandamente la diversidad de opiniones, y si a ellas no prestamos nuestro juicio procurámosles el oído fácilmente. Allí donde uno de los patillos de la balanza está completamente vacío dejo yo

oscilar el otro hasta con las soñaciones de una vieja visionaria; y me parece excusable si acepto más bien el número impar, y antepongo el jueves al viernes; si prefiero la docena o el número catorce al trece en la mesa; y de mejor gana una liebre costeano que atravesando un camino, cuando viajo, y el dar preferencia el pie derecho que el izquierdo cuando me calzo. Todas estas quimeras que gozan de crédito en torno nuestro merecen al menos ser oídas. De mí arrastran sólo la inanidad, pero al fin algo arrastran. Las opiniones vulgares y casuales son cosa distinta de la nada en la naturaleza, y quien así no las considera cae acaso en el vicio de la testarudez por evitar el de la superstición.

Así, pues, las contradicciones en el juzgar ni me ofenden ni me alteran; me despiertan sólo y ejercitan. Huímos la contradicción, en vez de acogerla y mostrarnos a ella de buen grado, principalmente cuando viene del conversar y no del regentar. En las oposiciones a nuestras miras no consideramos si aquéllas son justas, sino que a tuertas o a derechas buscamos la manera de refutarlas: en lugar de tender los brazos afilamos las uñas. Yo soportaría el ser duramente contradicho por mis amigos; el oír, por ejemplo: "Eres un tonto, estás soñando." Gusto, entre los hombres bien educados, de que cada cual se exprese valientemente, de que las palabras vayan donde va el pensamiento: nos precisa fortificar el oído y endurecerlo contra esa blandura del ceremonioso son de las palabras. Me placen la sociedad y familiaridad viriles y robustas, una amistad que se alaba del vigor y rudeza de su comercio, como el amor de las mordeduras y sangrientos arañazos. No es ya suficientemente vigorosa cuando la querella está ausente, cuando dominan la cavilación y la exquisitez, cuando se teme el choque, y sus maneras no son espontáneas: *Neque enim disputari, sine reprehensione potest*<sup>2</sup>. Cuando se me contraría, mi atención despierta, no mi cólera; yo me adelanto hacia quien me contradice, siempre y cuando que se me instruya: la causa de la verdad debiera ser común a uno y otro contrincante. ¿Qué contestará el objetado? La pasión de la cólera obscureció ya su juicio: el desorden apoderóse de él antes que la razón. Sería conveniente que se hicieran apuestas sobre el triunfo en nuestras disputas; que hubiera una marca material de nuestras pérdidas, a fin de que las recordáramos, y de que por ejemplo mi criado pudiera decirme: "El año pasado os costó cien escudos en veinte ocasiones distintas el haber sido ignorante y porfiado." Yo festejo y acaricio la verdad cualquiera que sea la mano en que la divise. Y en tanto que con arrogante tono conmigo no se procede, o por modo imperioso y magistral, me regocija el ser reprendido y me acomodo a los que acusan, más bien por



motivos de cortesía que de enmienda, gustando de gratificar y alimentar la libertad de los advertimientos con la facilidad de ceder, aun a mis propias expensas.

Difficil es, sin embargo, atraer a esta costumbre a los hombres de mi tiempo, quienes no tienen el valor de corregir, porque carecen de fuerzas suficientes para sufrir el ser ellos corregidos a su vez; y hablan además con disimulo en presencia los unos de los otros. Experimento yo placer tan intenso al ser juzgado y conocido, que llega a parecerme como indiferente la manera cómo lo sea. Mi fantasía se contradice a sí misma con frecuencia tanta, que me es igual que cualquiera otro la corrija, principalmente porque no doy a su reprensión sino la autoridad que quiero; pero me incomodo con quien se mantiene tan poco transigente, como alguno que conozco, que lamenta su advertencia cuando no es creído, y toma a injuria el no ser obedecido. Lo de que Sócrates acogiera siempre sonriendo las contradicciones que se presentaban a sus razonamientos puede decirse que de su propia fuerza dependía, pues habiendo de caer la ventaja de su lado aceptábalas como materia de nueva victoria. Mas nosotros vemos, por el contrario, que nada hay que trueque en suspicaz nuestro sentimiento como la idea de preeminencia y el desdén del adversario. La razón nos dice que más bien al débil corresponde el aceptar de buena gana las oposiciones que le enderezan y mejoran. De mejor grado busco yo la frecuentación de los que me amonestan que la de los que me temen. Es un placer insípido y perjudicial el tener que habérnoslas con gentes que nos admiran y hacen lugar. Antístenes ordenó a sus hijos "que no agradecieran nunca las alabanzas de ningún hombre". Yo me siento mucho más orgulloso de la victoria que sobre mí mismo alcanzo cuando en el ardor del combate me inclino bajo la fuerza del raciocinio de mi adversario, que de la victoria ganada sobre él por su flojedad. En fin, yo recibo y apruebo toda suerte de toques cuando vienen derechos, por débiles que sean, pero no puedo soportar los que se suministran a expensas de la buen crianza. Poco me importa la materia sobre que se discute, y todas las opiniones las admito: la idea victoriosa también me es casi indiferente. Durante todo un día cuestionaré yo sosegadamente si la dirección del debate se mantiene ordenada. No es tanto la sutileza ni la fuerza lo que solicito como el orden; el orden que se ve todos los días en los altercados de las gañanes y de los mancebos de comercio, y jamás entre nosotros. Si se apartan del camino derecho, es en falta de modales, achaque en que nosotros no incurrimos, mas el tumulto y la impaciencia no les desvían de su tema, el cual sigue su curso. Si se previenen unos a otros, si no se separan, se entienden

al menos. Para mí se contesta siempre bien si se responde a lo que digo; mas cuando la disputa se trastorna y alborota, abandono la cosa y me sujeto sólo a la forma con indiscreción y con despecho, lanzándome en una manera de debatir testaruda, maliciosa e imperiosa, de la cual luego me avergüenzo. Es imposible tratar de buena fe con un tonto; no es solamente mi discernimiento lo que se corrompe en la mano de un dueño tan impetuoso, también mi conciencia le acompaña.

Nuestros altercados debieran prohibirse y castigarse como cualesquiera otros crímenes verbales: ¿qué vicio no despiertan y no amontonan, constantemente regidos y gobernados por la cólera? Entramos su enemistad primeramente contra las razones y luego contra los hombres. No aprendemos a disputar sino para contradecir, y cada cual contradiciéndose y viéndose contradicho, acontece que el fruto del cuestionar no es otro que la pérdida y aniquilamiento de la verdad. Así Platón en su República prohíbe este ejercicio a los espíritus ineptos y mal nacidos. ¿A qué viene colocaros en camino de buscar lo que es con quien no adopta paso ni continente adecuados para ello? No se infiere daño alguno a la materia que se discute cuando se la abandona para ver el medio como ha de tratarse, y no digo de una manera escolástica y con ayuda del arte, sino con los medios naturales que procura un entendimiento sano. ¿Cuál será el fin a que se llegue, yendo el uno hacia el oriente y hacia occidente el otro? Pierden así la mira principal y la ponen de lado con el barullo de los incidentes: al cabo de una hora de tormenta, no saben lo que buscan; el uno está bajo, el otro alto y el otro de lado. Quién choca con una palabra o con un símil; quién no se hace ya cargo de las razones que se le oponen, tan impelido se ve por la carrera que tomó, y piensa en continuarla, no en seguirla a vosotros; otros, reconociéndose flojos de ijares, lo temen todo, todo lo rechazan, mezclan desde los comienzos y confúndenlo todo, o bien en lo más recio del debate se incomodan y se callan por ignorancia despechada, afectando un menosprecio orgulloso, o torpemente una modesta huida de contención: siempre que su actitud produzca efecto, nada le importa lo demás; otros cuentan sus palabras y las pesan como razones; hay quien no se sirve sino de la resistencia ventajosa de su voz y pulmones, otro concluye contra los principios que sentara; quién os ensordece con digresiones e inútiles prolegómenos; quién se arma de puras injurias, buscando una querrela de alemán para librarse de la conversación y sociedad de un espíritu que asedia el suyo. Este último nada ve en la razón, pero os pone cerco, ayudado por la cerrazón dialéctica de sus cláusulas y con el apoyo de las fórmulas de su arte.



Ahora bien, ¿quién no desconfía de las ciencias, y quién no duda si de ellas puede sacarse algún fruto sólido para las necesidades de la vida, considerando el empleo que del saber hacemos? *Nihil sanantibus litteris*<sup>3?</sup> ¿Quién alcanzó entendimiento con la lógica? ¿Dónde van a parar tantas hermosas promesas? *Nec ad melius vivendum, nec ad commodis disserendum*<sup>4?</sup> ¿Acaso se ve mayor baturrillo en la charla de las sardineras que en las públicas disputas de los hombres que las ciencias profesan? Mejor preferiría que mi hijo aprendiera a hablar en las tabernas que en las escuelas de la charlatanería. Procuraos un pedagogo y conversad con él; cuánto no os hace sentir su excelencia artificial, y cuánto no encanta a las mujeres y a los ignorantes, como nosotros somos, por virtud de la admiración y firmeza de sus razones, y de la hermosura y el orden de las mismas? ¿Hasta qué punto no nos persuade y domina como le viene en ganas? Un hombre que de tantas ventajas disfruta con las ideas y en el modo de manejarlas, ¿por qué mezcla su esgrima las injurias, la indiscreción y la rabia? Que se despoje de su caperuza, de sus vestiduras y de su latín; que no atormente nuestros oídos con Aristóteles puro y crudo, y le tomaréis por uno de entre nosotros, o peor aún. Juzgo yo de esta complicación y entrelazamiento del lenguaje que para asediarnos emplean, como de los jugadores de pasapasa. Su flexibilidad fuerza y combate nuestros sentidos, pero no conmueve en lo más mínimo nuestras opiniones: aparte del escamoteo, nada ejecutan que no sea común y vil: por ser más sabihondos no son menos ineptos. Venero y honro el saber tanto como los que lo poseen, el cual, empleado en su recto y verdadero uso, es la más noble y poderosa adquisición de los hombres. Mas en los individuos de que hablo ( y los hay en número infinito de categorías), que establecen su fundamental suficiencia y saber, que recurren a su memoria, en lugar de apelar a su entendimiento, *sub aliena umbrá latentes*<sup>5</sup>, y que de nada son capaces sin los libros, lo detesto (si así me atrevo a decirlo) más que la torpeza escueta. En mi país y en mi tiempo la doctrina mejora bastante las faltriqueras, en manera alguna las almas: si aquella las encuentra embotadas, las empeora y las ahoga como masa cruda e indigesta; si agudas, el saber fácilmente las purifica, clarifica y sutiliza hasta la vaporización. Cosa es la doctrina de cualidad sobre poco más o menos indiferente; utilísimo accesorio para un alma bien nacida; perniciosa y dañosa para las demás, o más bien objeto de uso preciosísimos, que no se deja poseer a vil precio: en unas manos es un cetro, y en otras un muñeco.

Mas prosigamos. ¿Qué victoria mayor pretendéis alcanzar sobre vuestro adversario que la de mostrarle la imposibilidad de combatirlos? Cuando ganáis

la ventaja de vuestra proposición, es la verdad la que sale ventajosa; cuando os procuráis la supremacía que otorgan el orden y la dirección acertados de los argumentos, sois vosotros los que salís gananciosos. Entiendo yo que en Platón y en Jenofonte, Sócrates discute más bien en beneficio de los litigantes que en favor de la disputa, y con el fin de instruir a Eutidemo y a Pitágoras en el conocimiento de su impertinencia mutua, más bien que en el de la impertinencia de su arte: apodérase de la primera materia como quien alberga un fin más útil que el de esclarecerla; los espíritus es lo que se propone manejar y ejercitar. La agitación y el perseguimiento pertenecen a nuestra peculiar cosecha: en modo alguno somos excusables de guiarlos mal e impertinentemente; el tocar a la meta es cosa distinta, pues vinimos al mundo para investigar diligentemente la verdad: a una mayor potencia que la nuestra pertenece ésta. No está la verdad, como Demócrito decía, escondida en el fondo de los abismos sino más bien elevada en altitud infinita, en el conocimiento divino. El mundo no es más que la escuela del inquirir; no se trata de meterse dentro, sino de hacer las carreras más lucidas. Lo mismo puede hacer el tonto quien dice verdad que quien dice mentira, pues se trata de la manera, no de la materia del decir. La tendencia mía es considerar igualmente la forma que la sustancia, lo mismo al abogado que a la causa, como Alcibíades ordenaba que se hiciera; y todos los días me distraigo en leer diversos autores sin percatarme de su ciencia, buscando en ellos exclusivamente su manera, no el asunto de que tratan, de la propia suerte que persigo la comunicación de algún espíritu famoso, no con el fin de que me adoctrine, sino para conocerlo, y una vez conocido imitarle si vale la pena. Al alcance de todos está el decir verdad, mas el enunciarla ordenada, prudente y suficientemente pocos pueden hacerlo; así que no me contraría el error cuando deriva de ignorancia; lo que me subleva es la necesidad. Rompí varios comercios que me eran provechosos a causa de la impertinencia del cuestionar con quienes los mantenía. Ni siquiera me molestan una vez al año las culpas de quienes están bajo mi férula, mas en punto a la torpeza y testarudez de sus alegaciones, excusas y defensas asnales y brutales, andamos todos los días tirándonos los trastos a la cabeza: ni penetran lo que se dice, ni el porqué, y responden por idéntico tenor; ocasionan motivos bastantes para desesperar a un santo. Mi cabeza no choca rudamente sino con el encuentro de otra; mejor transijo con los vicios de mis gentes que con sus temeridades, importunidades y torpezas: que hagan menos, siempre y cuando que de hacer sean capaces; vivís con la esperanza de alentar su voluntad, pero de un cepo no hay nada que esperar ni que disfrutar que la pena valga.



Ahora bien, ¿qué decir si yo tomo las cosas diferentemente de lo que son en realidad? Muy bien puede suceder, y por eso acuso mi impaciencia, considerándola igualmente viciosa en quien tiene razón como en quien no la tiene, pues nunca deja de constituir un agror tiránico el no poder resistir un pensar diverso al propio. Además, en verdad sea dicho, hay simpleza más grande ni más constante tampoco ni más estrambótica que la de conmoverse e irritarse por las insulseces del mundo, pues nos formaliza principalmente contra nosotros. Y a aquel filósofo del tiempo pasado <sup>6</sup> nunca mientras se consideró estuvo falto de motivos de lágrimas. Misón, uno de los siete sabios, cuyos humores eran timonianos y democricianos, interrogado sobre la causa de sus risas cuando se hallaba solo, respondió: "Río por lo mismo, por deshacerme en carcajadas sin tener ninguna compañía". ¿Cuántas tonterías no digo yo y respondo a diario, según mi dictamen al entender de los demás? ¿Qué no harán los otros si yo me muerdo los labios? En conclusión, precisa vivir entre los vivos y dejar el agua que corra bajo el puente sin nuestro cuidado, o por lo menos con tranquilidad cabal de nuestra parte. Y si no, ¿por qué sin inmutarnos tropezamos con alguien cuyo cuerpo es torcido y contrahecho y no podemos soportar la presencia de un espíritu desordenado sin montar en cólera? Esta dureza viciosa deriva más bien de la apreciación que del defecto. Tengamos constantemente en los labios aquellas palabras de Platón: "Lo que yo juzgo malsano ¿no será por encontrarme yo en ese estado? Yo mismo, ¿no incurro también en culpa? Mi advertimiento, ¿no puede volverse contra mí?" Sentencias sabias y divinas que azotan al más universal y común error de los hombres. No ya sólo las censuras que nos propinamos los unos a los otros, sino nuestras razones también, nuestros argumentos y materias de controversia pueden ordinariamente volverse contra nosotros: elaboramos hierro con nuestras armas, de lo cual la antigüedad me dejó hartos graves ejemplos. Ingeniosamente se expresó, y de manera adecuada, aquel que dijo:

*Stercus cuique suum bene olet*<sup>7</sup>

Nada tras ellos ven nuestros ojos: cien veces al día nos burlamos de nosotros al burlarnos de nuestro vecino; y detestamos en nuestro prójimo los defectos que residen en nosotros más palmariamente, y de ellos nos pasmamos con inadvertencia y cinismo maravillosos. Ayer, sin ir más lejos, tuve ocasión de ver a un hombre sensato, persona grata, que se burlaba tan ingeniosa como justamente de las torpes maneras de otro, quien a todo el mundo rompe la cabeza con el metódico registro de sus genealogías y uniones, más de la mitad imaginarias (aquellos se lanzan de mejor grado en estas disquisiciones



cuyos títulos son más dudosos y menos seguros), y sin embargo, él, de haber parado mientes en sí mismo, hubiérase reconocido no menos intemperante y fastidioso en el sembrar y hacer valer la prerrogativa de la estirpe de su esposa. ¡Importuna presunción, de la cual la mujer se ve armada por las manos de su marido mismo! Si supiera éste latín, precisaríale decir con el poeta:

*Agesis! hæc non insanit satis sua sponte; instiga*<sup>8</sup>

No se me alcanza que nadie acuse no hallándose limpio de toda mancha, pues nadie censuraría, ni siquiera estando como un crisol, en la misma suerte de mancha; mas entiendo yo que nuestro juicio, al arremeter contra otro del cual se trata por el momento, deja de librarnos de una severa jurisdicción interna. Oficio propio de la caridad es que quien no puede arrancar un vicio de sí mismo procure, no obstante, apartarlo en otro donde la semilla sea menos maligna y rebelde. Tampoco me parece adecuada respuesta a quien no advierte mi culpa decirle que en él reside igualmente. Nada tiene que ver eso, pues siempre el advenimiento es verdadero y útil. Si tuviéramos buen olfato, nuestra basura debiera apestartos más, por lo mismo que es nuestra; y Sócrates es de parecer que aquel que se reconociera culpable, y a su hijo, y a un extraño, de alguna violencia e injuria, debería comenzar por sí mismo a presentarse a la condenación de la justicia a implorar para purgarse el socorro de la mano del verdugo; en segundo lugar a su hijo, y al extraño últimamente: si este precepto es de un tono elevado en demasía, al menos quien culpable se reconozca debe presentarse el primero al castigo de su propia conciencia.

Los sentidos son nuestros peculiares y primeros jueces, los cuales no advierten las cosas sino por los accidentes externos, y no es maravilla si en todos los componentes que constituyen nuestra sociedad se ve una tan perpetua y general promiscuidad de ceremonias y superficiales apariencias, de tal suerte que la parte mejor y más efectiva de las policías consiste en eso. Constantemente nos las hemos con el hombre, cuya condición es maravillosamente corporal. Que los que quisieron edificar para nuestro uso en los pasados años un ejercicio de religión tan contemplativo e inmaterial no se pasmen porque se encuentre alguien que crea que se escapó y deshizo entre los dedos, si es que ya no se mantuvo entre nosotros como marca, título e instrumento de división y de partido más que por ella misma. De la propia suerte acontece en la conversación: la gravedad, el vestido y la fortuna de quien habla, frecuentemente procuran crédito a palabras vanas y estúpidas; no es de presumir que una persona cuyos pareceres son tan compartidos, tan

temida, deje de albergar en sus adentros alguna capacidad distinta de la ordinaria; ni que un hombre a quien se encomiendan tantos cargos y comisiones, tan dasdeñoso y ceñudo, no sea más hábil que aquel otro que le saluda de tan lejos y cuyos servicios nadie quiere. No ya sólo las palabras, también los gestos de estas gentes se toman en consideración, se pesan y se miden: cada cual se esfuerza en darles alguna hermosa y sólida interpretación. Cuando al hablar llano descienden y no se les muestra otra cosa que aprobación y reverencia, os aturden con la autoridad de su experiencia: oyeron, vieron, hicieron, os consumen con sus ejemplos. De buena gana les diría que el provecho de la experiencia de un cirujano no reside en la historia de sus operaciones, recordando que curó a cuatro apestados y tres gotosos, si no sabe de ellas sacar partido para formar su juicio, y si no acierta a hacernos sentir que su vista es más certera en el ejercicio de su arte; como en un concierto instrumental no se oye un laúd, un clavicordio y una flauta, sino una armonía general, reunión y fruto de todos los aparatos músicos. Si los viajes y los cargos los enmendaron, háganlo ver con las producciones de su entendimiento. No basta contar las experiencias, precisa además pesarlas y acomodarlas; hay que haberlas digerido y alambicado para sacar de ellas las razones y conclusiones que encierran. Jamás hubo tantos historiadores; siempre es bueno y útil oírlos, pues nos proveen a manos llenas de hermosas y laudables instrucciones sacadas del almacén de su memoria, que es a la verdad un instrumento necesario para el socoro de la vida; pero no se trata de esto ahora, se trata de saber si esos recitadores y recogedores son dignos de alabanza por sí mismos.

Yo detesto toda suerte de tiranía, lo mismo la verbal que la efectiva; me sublevo fácilmente contra esas vanas circunstancias que engañan nuestro juicio por la mediación de los sentidos, y, manteniéndome ojo avizor en lo tocante a grandezas extraordinarias, encontré que éstas se componen en su mayor parte de hombres como todos los demás:

*Rarus enim ferme sensus communis in illa Fortuna* <sup>9</sup>.

Acaso se los considera y advierte más chicos de lo que realmente son, por cuanto ellos emprenden más y se ponen más en evidencia: no responden a la carga que sobre sus hombros echaron. Es necesario que haya resistencia y poder mayores en el llevar que en el echarse a cuestras; quien no llenó por completo su fuerza os deja adivinar si le queda todavía resistencia pasado ese límite, y si fué probado hasta el último término. Quien sucumbe ante la carga descubre su medida y la debilidad de sus hombros; por eso se ven tantas torpes almas entre los hombres de estudio, más que entre los otros



hombres; de aquellos se hubieran alcanzado varones excelentes, como padres de familia, buenos comerciantes, cumplidos artesanos: su vigor natural no medía mayor número de codos. La ciencia es cosa que pesa grandemente: ellos se doblegan bajo su peso. Para ostentar y distribuir esta materia rica y poderosa, para emplearla y ayudarse, su espíritu carece de vigor y pericia: sólo dispone de poderío sobre una naturaleza robusta. Ahora bien, las de esta índole son bien raras, y las débiles, dice Sócrates, corrompen la dignidad de la filosofía al traerla entre manos, semeja esta inútil y viciosa cuando está mal guardada. Así los hombres se estropean y a sí mismos se enloquecen:

*Humani qualis simulator simius oris,  
Quem puer arridens pretioso stamine serum  
Velavit, nudasque nate ac terga reliquit,  
Ludibrium mensis* <sup>10</sup>.

Análogamente, aquellos que nos rigen y gobiernan, los que tienen el mundo en su mano, no les basta poseer un entendimiento ordinario, ni poder lo que nosotros podemos; están muy por bajo de nuestro nivel cuando no se encuentran muy por cima: de la propia suerte que más prometen, deben también cumplir más.

Por eso les sirve el silencio, no ya solo como continente de respeto y gravedad, sino también como instrumento de provecho y buen gobierno, pues Megabizo, como visitara a Apeles en su obrador, permaneció largo tiempo sin decir palabra, y luego comenzó a discurrir sobre lo que veía, cuyos discursos le valieron esta dura reprimenda: "Mientras te callaste, parecías algo de grande a causa de las cadenas que te adornan y de tu pomposo continente; pero ahora que se te ha oído hablar, te menosprecian hasta mis criados." Esos adornos magníficos, la resplandeciente profesión que desempeñaba, no le consentían permanecer ignorante como el vulgo y le empujaron a hablar impertinentemente de lo que no entendía: debió mantener muda esa externa y presuntuosa capacidad. ¡A cuantas almas torpes, en mi tiempo, prestó servicios relevantísimos el adoptar un semblante estirado y taciturno, sirviéndoles como título de prudencia y capacidad!

Las dignidades y los cargos se otorgan necesariamente más por fortuna que por mérito; y muchas veces se incurre en grave error al culpar de ello a los monarcas: por el contrario, maravilla que la fortuna los acompañe casi siempre desplegando para ello tan poco acierto:

*Principis est virtus máxima, nosse suos* <sup>11</sup>

pues naturaleza no los favoreció con mirada tan vasta que pudieran extenderla a tantos pueblos como rigen, para discernir la principalidad de ellos, y penetrar

luego nuestros pechos, donde se albergan nuestra voluntad y el valor más precioso. Preciso es, por consiguiente, que nos escojan por conjeturas y a tientas, movidos por la familia a que pertenecemos, por nuestras riquezas, por nuestras doctrinas y por la voz del pueblo, que son argumentos debílsimos. Quien pudiera encontrar medio de que justamente se nos conociera y de elegir los hombres por razones fundamentales, establecería de golpe y porrazo una perfecta forma de gobierno.

"Dígase lo que se quiera, acertó a resolver este importante negocio." Algo es algo, sin duda, pero eso no es bastante, pues esta sentencia es justamente recibida. "Que no hay que juzgar de los dictámenes en presencia de los acontecimientos que resultan. Castigaban los cartagineses los torcidos pareceres de sus capitanes aun cuando fueran enmendados por un dichoso desenlace; y el pueblo romano rechazó muchas veces el triunfo a victorias provechosas y grandes, porque la dirección del jefe no anduvo de par con su buena estrella. Ordinariamente se advierte en las mundanales acciones que la fortuna para mostrarnos su poderío sobre todas las cosas y cómo se gozó en echar por tierra nuestra presunción, no habiendo podido trocar a los necios en avisados, los convierte en dichosos, en oposición con todo sano principio, favoreciendo las ejecuciones cuya trama es puramente suya. Por donde vemos a diario que los más sencillos de entre nosotros consiguen dar cima a empresas magnas privadas y públicas; y como el persa Sirammes respondió a los que se admiraban de que sus negocios anduvieran tan perversamente, en vista de que sus propósitos estaban impregnados de prudencia: "Que él tan sólo era dueño de sus iniciativas, mientras que del éxito de sus negocios lo era la fortuna"; las gentes de que hablo pueden responder por idéntico tenor, aunque por razones contrarias. La mayor parte de las cosas de este mundo se hacen por sí mismas;

*Fata viam inveniunt* <sup>12</sup>

el desenlace a las veces denuncia una conducta estúpida: nuestra intermisión apenas sobrepuja la rutina, y comúnmente obedece más a la consideración del uso y al ejemplo que a la razón. Maravillado por la grandeza de una hazaña, supe antaño por los mismos que la realizaron los motivos del acierto. En ellos no encontré sino ideas vulgares; y las más ordinarias y usuales son también acaso las más seguras y las más cómodas en la práctica, si no son las que al exterior aparecen. ¿Qué decir, si las más ínfimas razones son las mejor asentadas, y si las más bajas y las más flojas y las más asendreadas son las que mejor se adaptan a la solución de los negocios? Para conservar su autoridad a los consejos de los reyes hay que evitar que los profanos en



ellos participen y que no vean más allá de la primera barrera: debe reverenciarse, merced al ajeno crédito y en conjunto, quien seguir pretende alimentando su reputación. La consultación mía, personal, bosqueja algún tanto la materia, considerándola ligeramente por sus primeros aspectos: el fuerte y principal fin de la tarea acostumbra a resignarlo al cielo:

*Permitte divir cetera* <sup>13</sup>.

La dicha y la desdicha son, a mi entender, dos potencias soberanas. Es imprudente considerar que la humana previsión pueda desempeñar el papel de la fortuna, y vana es la empresa de quien presume abarcar las causas y consecuencias, y conducir por la mano el desarrollo de su obra: vana sobre todo en las deliberaciones de la guerra. Jamás hubo mayor circunspección y prudencia militar de las que se ven a veces entre nosotros; ¿será la causa que se tema extraviarse en el camino, reservándose para la catástrofe de ese juego? Más diré: nuestra prudencia misma y nuestra consultación siguen casi siempre la dirección de lo imprevisto: mi voluntad y mi discurso se remueven ya de un lado ya de otro, y hay muchos de estos movimientos que se gobiernan sin mi concurso; mi razón experimenta impulsiones y agitaciones diarias y casuales:

*Vertuntur species animorum, et pectora motus  
Nunc alios, alios, dum nubila ventus agebat,  
Concipiunt* <sup>14</sup>.

Considérese quienes son los más pudientes en las ciudades, y quiénes los que mejor cumplen con su misión: se verá ordinariamente que son los menos hábiles. Sucedió a las mujerzuelas, a las criaturas y a los tontos el mandar grandes Estados al igual de los príncipes más capaces; y acierta mejor (dice Tucídides) la gente ordinaria que la sutil. Los efectos del buen sino achacámoslos a prudencia;

*Ut quisque fortuna utitur,  
Ita præcellet; atque exinde sapere illum omnes dicimus* <sup>15</sup>.

por donde hablo cuerdamente al decir que en todas las cosas los acontecimientos son testimonios flacos de nuestro valer y capacidad. Decía, pues, que no basta ver a un hombre en un lugar relevante; aun cuando tres días antes le hayamos conocido como sujeto de poca monta, por nuestras apreciaciones se desliza luego una imagen de grandeza y consumada habilidad; y nos persuadimos de que al medrar en posición y en crédito, por hombre de mérito se le tiene. Juzgamos de él no conforme a su valer, sino a la manera que consideramos las fichas, según la prerrogativa de su rango. Mas que la fortuna cambie, que caiga y vaya a mezclarse con las masas, y



entonces todos se inquietan, pasmados, de la causa que le había izado a semejante altura “¿Es el mismo?, se dice. ¿No era antes más aventajado? ¿Los príncipes se conforman con tan poco? ;A la verdad, estábamos en buenas manos!” Cosas son éstas que yo he visto en mi tiempo con frecuencia: hasta los personajes notables de las comedias nos impresionan en algún modo, y nos engañan. Aquello que yo mismo adoro en los monarcas es la multitud de sus adoradores: toda inclinación y sumisión les es debida, salvo la del entendimiento; mi razón no está hecha a doblegarse, son mis rodillas las que se humillan. Solicitado el parecer de Melancio sobre la tragedia de Dionisio: “No la he visto, contestó, tan alborotado es su lenguaje.” De la propia suerte, casi todos los que juzgan las conversaciones de los grandes debieran decir: “No he oído lo que dijo, tan impregnado estaba de gravedad, de grandeza y majestad.” Antístenes persuadió a los atenienses para que ordenaran que sus borricos fueran empleados, lo mismo que sus caballos, en el trabajo de la tierra, a lo cual se le repuso que esos animales no habían nacido para tal servicio: “Es lo mismo, replicó el filósofo; la cosa no ha menester sino de vuestra ordenanza, pues los hombres más incapaces a quienes encomendáis la dirección de vuestras guerras no dejan de trocarse al punto en dignísimos porque en ello los empleáis”; a lo cual mira la costumbre de tantos pueblos que canonizan al de entre ellos elegido, y no se contentan con honrarle, sino que además le adoran. Los de Méjico, luego de terminadas las ceremonias de la proclamación, no se atreven ya a mirar a la cara de su soberano, cual si le hubieran deificado por su realeza; entre los juramentos que le hacen proferir, a fin de que mantenga la religión, leyes y libertades, y de que sea valiente, justo y bondadoso, jura también que hará al sol seguir su curso con su claridad acostumbrada, que las nubes se descargarán en tiempo oportuno, que los ríos seguirán su curso y que la tierra producirá todas las cosas necesarias a su pueblo.

Yo soy por naturaleza opuesto a esta común manera de ser; y más desconfío de la capacidad cuando la veo acompañada de grandeza, de fortuna y recomendación popular: precisanos considerar de cuánta ventaja sea el hablar a su hora, el escoger el verdadero punto de vista, el interrumpir la conversación o cambiarla con autoridad magistral, el defenderse contra la oposición ajena con un movimiento de cabeza, con una sonrisa, con el silencio, ante un concurso que se estremece de puro respeto y reverencia. Un hombre de mostruosa fortuna que interponía su parecer en una conversación ligera llevada al desgaire en su mesa, comenzaba de este modo sus reparos: “Quien en contrario se exprese no puede ser más que un

embustero o un ignorante..." Seguid tan puntiaguda filosofía con un puñal en la mano.

He aquí otra advertencia de que alcanzo yo gran provecho: en las disputas y conversaciones todas las palabras que nos parecen buenas no deben incontinenti ser aceptadas. La mayor parte de los hombres son ricos en capacidad extraña; puede muy bien acontecer a tal individuo proferir un rasgo feliz, una buena respuesta o una recta sentencia, y llevarlas adelante desconociendo su fuerza. Que no se es poseedor de todo lo que prestado se recibe podrá quizás comprobarlo con mis propios recursos. No hay que ceder al punto por verdad o belleza que la proposición encierre; hay que combatirla de intento o echarse atrás, so pretexto de no entenderla, para tantear por todas partes de qué suerte habita en el que la emite; y aun así y todo, puede ocurrir que nos aferremos, ayudando al adversario más allá de sus alcances, y que le demos luz. Antaño empleé yo la réplica movido por la necesidad y aprieto del combate, que fueron más allá de mi intención y de mi esperanza: suministrábalas en número y acogíase las en ponderación. De la propia suerte que cuando yo debato contra un hombre vigoroso me complazco en anticipar sus conclusiones y le allana la tarea de interpretarse, procurando prevenir su imaginación, naciente e imperfecta aún (el orden y la pertinencia de su entendimiento me advierten y amenazan de lejos), con aquellos otros, inconscientes, hago todo lo contrario: nada hay que entender sino lo que materialmente nos dicen, ni nada hay que presuponer. Si juzgan en términos generales, diciendo: "Esto es bueno; aquello no lo es", porque los encuentran a la mano, ved si es la casualidad la que los encontró en vez de ellos: que circunscriban y restrinjan un poco su sentencia explicando el porqué y el cómo. Esos juicios universales, que tan ordinariamente se emplean, nada dicen; son propios de gustos que saludan a todo un pueblo en masa y al barullo; los que de él tienen conocimiento verdadero le saludan y advierten en número y especificando; mas esto es una empresa arriesgada: por donde yo he visto, con mayor frecuencia que a diario, acontecer que los espíritus débilmente constituídos, queriendo alardear de ingeniosos en el juicio que les sugiere la lectura de alguna obra, procurando señalar la belleza culminante de la misma, detienen su admiración con tan desdichado tino, que en lugar de enseñarnos la excelencia del autor nos muestran su propia ignorancia. Esta exclamación es de efecto seguro: "Eso es hermoso", habiendo oído una página entera de Virgilio. Por ahí se salvan los diestros; mas la empresa de seguirle por lo menudo y en detalle, con juicio expreso y escogido; el querer señalar por dónde un buen autor sobresale, pesando las palabras, las frases,



las invenciones y sus diversos méritos, uno después de otro, ¡que si quieres! *Videndum est, non modo quid quisque loquatur, ser etiam quid quisque sentiat, atque etiam qua de causa sentiat*<sup>16</sup>. Diariamente oigo proferir a los tontos palabras que no lo son; dicen una cosa buena: sepamos hasta dónde la penetran; veamos por qué lado la agarraron. Nosotros los ayudamos a emplear esa bella expresión y esa razón hermosa, que no poseen sino que simplemente almacenan: acaso las produjeron por casualidad y a tientas: nosotros se las acreditamos y avalamos; les prestamos nuestra mano, ¿y para qué? Nada os lo agradecen, y con vuestra ayuda se truecan en más ineptos: no los secundéis; dejadlos que caminen solos; manejarán el principio que soltaron cual gentes que tienen miedo de escaldarse: no se atreven a cambiarlo de lugar, ni a presentarlo bajo distinto aspecto ni a profundizarlo: removedlo por poco que sea, y les escapa; lo abandonarán fuerte y hermoso como es: son armas hermosas, pero torpemente empuñadas. ¡Cuántas veces he visto de ello la experiencia! En conclusión, si llegáis a iluminarlos y a confirmarlos, incontinenti atrapan y hurtan la ventaja de vuestra interpretación: “Eso es lo que yo quise decir: he ahí cabalmente cuál era mi concepción; si yo no la expresé así, fué por culpa de mi lengua.” Soplad, y veréis lo que queda. Es necesario echar mano hasta de la malicia misma para corregir esa torpe altivez. El principio de Hegesías, según el cual “no hay que odiar ni acusar, sino instruir”, es razonable en otros respectos: aquí es injusto e inhumano el socorrer y enderezar a quien nada puede hacer con semejantes beneficios y a quien con ellos vale menos. Yo me complazco en dejarlos encenagarse y atascarse más todavía de lo que ya lo están, y tan adentro, si es posible, que al fin lleguen a reconocerse.

La torpeza y el trastornamiento de los sentidos no son cosas que se curan con simples advertencias; podemos en verdad decir de esta enmienda lo que Ciro respondió a quien le impulsaba para que alentase a su ejército en el comienzo de una batalla, o sea: “que los hombres no se truecan en valerosos y belicosos instantáneamente, por los efectos de una buena arenga; como tampoco convierte a nadie en músico al oír una buena canción”. Es necesario el aprendizaje previo alimentado por educación dilatada y constante. Este cuidado lo debemos a los nuestros, y lo mismo la asiduidad en la corrección e instrucción, mas ir a sermonear al primer transeúnte, o regentar la ignorancia o ineptitud del primero con quien topamos es costumbre que yo detesto. Rara vez procedo yo de esa suerte, ni siquiera en las conversaciones en que tomo parte; prefiero abandonarlo todo por completo a venir a dar en esas instrucciones atrasadas y magistrales; mi humor tampoco se acomoda a hablar



ni a escribir para uso de los principiantes. En las cosas que se dicen en común o entre extraños, por falsas y absurdas que yo las juzgue, jamás me pongo de por medio como enderezador, ni de palabra ni con ningún signo. Por lo demás, nada me despecha tanto en la torpeza como el verla complacerse más de lo que ninguna razón es capaz de hacerlo sensatamente. Es desdicha que la prudencia os impida satisfaceros y contentaros de vosotros mismos, y que os rechace siempre malcontento y temeroso, donde mismo la testarudez y temeridad hinchen a sus propios huéspedes de seguridad y regocijo. Corresponde a los más estultos el mirar a los demás hombres por cima del hombro retornando siempre del combate hinchados de gloria y satisfacción; y casi siempre la temeridad de lenguaje y la alegría del semblante los hace salir gananciosos para con la asistencia, que es comúnmente débil e incapaz de bien juzgar y discernir las ventajas verdaderas. La obstinación y el ardor de la opinión son las más seguras muestras de estupidez: ¿hay nada tan resuelto, desdeñoso, contemplativo, grave y serio como el asno?

¿Por qué no mezclar en nuestras conversaciones y comunicaciones los rasgos puntiagudos y entrecortados que la alegría y la privanza introducen entre amigos, chanceando, y chanceándose grata y vivamente los unos de los otros? Ejercicio al cual mi alegría nativa me hace bastante apto; y si no es tan tendido y serio como el otro de que acabo de hablar, no es menos agudo ni ingenioso, ni tampoco menos provechoso, como Licurgo opinaba. Por lo que a mí toca, yo llevo a los coloquios mayor libertad que gracia, y me auxilia más bien el acaso que la invención; en el soportar soy cumplido, pues resisto el desquite, no solamente rudo, sino también indiscreto, sin molestarme para nada; y a la carga que se me viene encima, si no tengo con qué reponer en el acto bruscamente, tampoco voy entreteniéndome en reponer de un modo pesado y enfadoso, rayano en la testarudez; la dejo pasar, y agachando alegremente las orejas remito el hallar a mano mi razón para una hora más propicia: no es buen comerciante quien siempre sale ganancioso. La mayor parte de los hombres cambian de semblante y de voz en el punto y hora en que la fuerza les falta; y a causa de la cólera importuna, en lugar de vengarse, acusan su debilidad al par que su impaciencia. En estos desahogos pellizcamos a veces las secretas cuerdas de nuestras imperfecciones, las cuales aun permaneciendo en calma no podemos tocar sin consecuencias, y así entreadvertimos útilmente al prójimo de nuestras imperfecciones.

Hay otros juegos de manos, rudos e indiscretos, a la francesa, que yo odio mortalmente; mi epidermis es sensible y delicada. Durante el transcurso de

mis días vi enterrar a causa de ellos a dos príncipes de nuestra sangre real. Es de pésimo gusto pelear cuando se loquea.

Por lo demás, cuando yo quiero juzgar de alguien pregúntole cuánto de sí mismo se contenta: hasta dónde su hablar o su espíritu le placen. Quiero evitar hermosas excusas que dicen: "Lo hice distrayéndome:

*Ablatum mediis opus est incubidus istud*<sup>17</sup>;

No me costó una hora siquiera; después no volví a poner en ello mano." Así que, yo digo: dejemos todas esas fórmulas; otorgadme una que os represente por entero, por la cual os plazca ser medidos, y luego, ¿cuál es lo mejor que reconocéis en vuestra obra? ¿Es esta parte o la otra? ¿La gracia, el asunto, la invención, el juicio o la ciencia? Pues ordinariamente advierto que tanto se yerra al juzgar de la propia labor como al aquilatar la ajena, no sólo por la pasión que en el juicio va mezclada, sino también por carencia de capacidad, conocimiento y costumbre de discernir: la obra por su propia virtud y fortuna puede secundar al obrero y llevarle más allá de su invención y conocimientos. En cuanto a mí, no juzgo del valor de otra tarea con menos precisión que de la mía, y coloco los *Ensayos*, ya bajos ya altos, por manera dudosa e inconstante. Hay algunos libros útiles en razón de las cosas de que tratan, de los cuales el autor no alcanza recomendación ninguna; y hay buenos libros, como igualmente buenas obras, de que el obrero tiene que avergonzarse. Si yo discursiera sobre la naturaleza de nuestros banquetes y de nuestros vestidos (y escribiese malamente); si publicase los edictos de mi tiempo y las cartas de los príncipes que llegan a manos del público; si hiciera compendio de un buen libro (y toda abreviación de un libro bueno es un compendio torpe) el cual se hubiere perdido, o alguna cosa semejante, la posteridad alcanzaría singular provecho de tales composiciones; pero yo ¿qué otro honor sino el de mi buena fortuna? Buena parte de los libros famosos son de esta condición. Cuando leí a Felipe de Comines hace algunos años (autor excelente en verdad), advertí esta frase, considerándola como nada vulgar: "Que precisa guardarse de prestar a su dueño un tan grande servicio el cual le imposibilite de encontrar la debida recompensa", debí encomiar la invención, no a quien la escribió, pues la encontré en Tácito poco ha: *Beneficia eo usque læta sunt, dum videntur exsolvi posse; ubi multum antevenere, pro gratia odium redditur*<sup>18</sup>; y en Séneca: *Nam qui putat esse turpe non reddere, non vult esse cui feddat*<sup>19</sup>. Y Cicerón con consistencia menor: *Qui se non putat satisfacere, amicus esse nullo modo potest*<sup>20</sup>. El asunto, supuesta su naturaleza, puede hacer a un hombre erudito y de feliz memoria; mas para juzgar en él las partes que mejor le pertenecen, que son al par las más dignas



(la fuerza y la belleza de su alma), necesario es saber lo que es suyo y lo que no lo es, y en esto último cuánto se le debe en lo tocante a la elección, disposición, ornamento y lenguaje que proveyó ; Qué decir si tomó prestada la materia y estropeó la forma, como acontece con frecuencia! Nosotros que mantuvimos escaso comercio con los libros encontramos con este impedimento: cuando vemos alguna invención hermosa en un nuevo poeta, o algún argumento poderoso en un predicador, no nos atrevemos, sin embargo, a alabarlos por ello antes de que hayamos sido instruidos por algún erudito de si ambas cosas les fueron propias o extrañas; hasta saberlo, yo me mantengo siempre en guardia.

He recorrido de cabo a rabo las historias de Tácito, cosa que me acontece rara vez. Hace veinte años que apenas retengo libro en mis manos una hora seguida. No conozco autor que sepa mezclar a un "registro público" de las cosas tantas consideraciones de costumbres e inclinaciones particulares, y entiendo lo contrario de lo que él imaginaba, o sea que, habiendo de seguir especialmente las vidas de los emperadores de su tiempo, tan extremas y diversas en toda suerte de formas, tantas notables acciones como principalmente la crueldad de aquéllos ocasionaba en sus súbditos, tenía a su disposición un asunto más fuerte y atrayente que considerar y narrar, que si fueran batallas o revueltas lo que historiase; de tal suerte que a veces le encuentro asaz conciso, corriendo por cima de hermosas muertes cual si temiera cansarnos con su multiplicación constante y dilatada. Esta manera de historiar es con mucho la más útil: las agitaciones públicas dependen más del acaso, las privadas de nosotros. Hay en Tácito más discernimiento que deducción histórica, y más preceptos que narraciones: mejor que un libro para leer, es un libro para estudiar y aprender. Tan lleno está de sentencias que por todas partes se encuentra henchido de ellas; es un semillero de discursos morales y políticos para ornamento y provisión de aquellos que ocupan algún rango en el manejo del mundo. Aboga siempre con razones sólidas y vigorosas, de manera sutil y puntiaguda, según el estilo afectado de su siglo. Gustaban tanto los autores inflarse por aquel tiempo, que donde hallaban las cosas desprovistas de sutileza, se la procuraban por medio de las palabras. Su manera de escribir se asemeja no poco a la de Séneca: Tácito me parece más sustancioso; Séneca más agudo. Sus escritos son más apropiados para un pueblo revuelto y enfermo, como el nuestro al presente: frecuentemente diríase que nos pinta y que nos pellizca.

Los que dudan de su buena fe acusan de sobra su malquerencia. Sus opiniones son sanas y se colocan del lado del buen partido en los negocios romanos.



Un poco me contraría, sin embargo, el que haya juzgado a Pompeyo con severidad mayor de la que envuelve el parecer de las gentes honradas que le trataron y con él vivieron: el que le estimara en todo semejante a Mario y Sila, aparte del carácter, que consideraba menos abierto. Sus intenciones no le eximieron de la ambición que le animaba en el gobierno de los negocios, ni tampoco de la venganza; y hasta sus mismos amigos temieron que la victoria le hubiera arrastrado más allá de los límites de la razón, pero no hasta una medida tan desenfrenada: nada hay en su vida que nos haya amenazado de una tan expresa crueldad y tiranía. No hay que contrapesar la sospecha con la evidencia, de suerte que yo no participo de esa creencia. Que las narraciones de Tácito sean ingenuas y rectas podrá quizás ponerse en tela de juicio, pues no se aplican siempre con exactitud a las conclusiones de los suyos; los cuales sigue conforme a la pendiente que tomara, a veces más allá de la materia que nos muestra, la cual no presenta bajo un solo aspecto. No tiene necesidad de excusa por haber aprobado la religión de su época, según las leyes que le mandaban, e ignorado la verdadera: esto es su desdicha, mas no su defecto.

He considerado principalmente su juicio, y en todo él no estoy muy al cabo; como tampoco comprendo estas palabras de la carta que Tiberio, viejo y enfermo, enviaba a los senadores: "¿Qué os escribiré yo, señores, o cómo os escribiré, o qué no os escribiré en este tiempo? Los dioses y las diosas me pierden peor que si yo me sintiera todos los días perecer, sin embargo yo no lo sé"; no advierto por qué las aplica con certeza tanta a un pujante remordimiento que atormenta la conciencia del emperador; al menos cuando tenía su libro en la mano no lo eché de ver.

También me pareció algo cobarde que necesitando decir que había ejercido cierto honroso cargo en Roma, vaya excusándose de que no es por vana ostentación como lo dice; este rasgo se me figura de baja estofa para un alma de su temple, pues el no atreverse a hablar en redondo de sí mismo acusa alguna falta de ánimo: un juicio rígido y altivo, que discierne sana y seguramente, usa a manos llenas de sus propios ejemplos personales como de los extraños, y testimonia francamente de sí mismo cual de un tercero. Preciso es pasar por cima de estos preceptos vulgares de la civilidad en beneficio de la libertad y la verdad. Yo me atrevo no solamente a hablar de mí mismo, sino a hablar de mí mismo solamente: me extravió cuando hablo de otra cosa, apartándome de mi asunto. No me estimo por manera tan indiscreta, ni estoy tan atado y mezclado a mí mismo que no pueda distinguirme y considerarme a un lado como a un vecino o como a un árbol:

lo mismo se incurre en defecto no viendo hasta dónde se vale, que diciendo más de lo que se ve. Mayor amor debemos a Dios que a nosotros mismos y le conocemos menos, a pesar de lo cual hablamos de él a nuestro sabor.

Si los escritos de Tácito nos muestran algún tanto su condición, debemos creer que era un grave personaje, animoso y lleno de rectitud; no de una virtud supersticiosa, sino filosófica y generosa. Podrá encontrarsele arriesgado en sus testimonios, como cuando asegura que llevando un soldado un haz de leña, sus manos se pusieron rígidas de frío y quedaron pegadas y muertas, separándose de sus brazos. Acostumbro en tales asertos a inclinarme bajo la autoridad de tan respetables testimonios.

Lo que cuenta de que Vespasiano por merced del Dios Serapis curó en Alejandría a una mujer ciega untándole los ojos con su saliva, y no recuerdo qué otro milagro, hácelo por ejemplo y deber de todos los buenos historiadores, quienes registran los acontecimientos de importancia: entre los sucedidos públicos figuran también los rumores y opiniones populares. Es su papel relatar las creencias comunes, no el enderezarlas: esta parte toca a los teólogos y a los filósofos, directores de las conciencias. Por eso prudentísimamente éste su compañero, grande como él, dijo: *Equidem plura transcribo, quam credo; nam nec affirmare sustineo, de quibus dubito, nec subdecere, quæ accepi*<sup>21</sup>; y este otro: *Hæc neque affirmare, neque refellere operæ pretium est... famæ rerum standum est*<sup>22</sup>. Escribiendo en un siglo en que la creencia en los prodigios comenzaba a declinar, dice, sin embargo, que no quiere dejar de insertarla en sus anales, ni menospreciar una cosa recibida por tantas gentes de bien y con reverencia tan grande vista de la antigüedad: muy bien dicho. Que los historiadores nos suministren la historia, más según la reciben que como la consideran. Yo que soy soberano de la materia que trato y que a nadie debo dar cuentas, no me creo por ello en todos los respectos: arriesgo a veces caprichos de mi espíritu, de los cuales desconfío, y ciertas finezas verbales que me hacen sacudir las orejas; pero las dejo correr al acaso. Yo veo que algunos se dignifican con tales cosas: no me incumbe sólo el juzgarlos. Preséntome en pie y tendido; de frente y de espaldas, a derecha e izquierda, y en todas mis actitudes naturales. Los espíritus, hasta aquellos mismos que son iguales en consistencia, no lo son siempre en aplicación y gusto.

Esto es cuanto la memoria me sugiere en conjunto y de un modo bastante incierto, todos los juicios generales son descosidos e imperfectos.



## NOTAS

1. No veis que el hijo de Albio vive mal y que Barro se ve reducido a la miseria? Estos ejemplos nos enseñan a no disipar nuestro patrimonio. Horacio, *Sat.*, I, 4, 109.
2. Porque no hay discusión sin contradicción. Cicerón, *de Finibus bonis et malis*, I, 8.
3. De esas letras que ningún mal curan. Séneca, *Epíst.*, 59.
4. No se enseña ni a vivir mejor ni a razonar ventajosamente. Cicerón, *de Finibus*. Así pensaba Epicuro de la dialéctica de los estoicos, al decir de Cicerón. C.
5. Envolviéndose en la sombra ajena. Séneca, *Epíst.*, 33.
6. Heráclito.
7. Cada cual gusta el olor de su estercolero. Proverbio latino.
8. ¡Animo! Si no está bastante loca, irrita más su locura. Terencio, *Andr.*, acto IV, esc. II, v. 3.
9. En efecto, el sentido común es raro en tan alto grado. Juvenal, VIII, 73.
10. Tal ese mono remedador del hombre a quien un niño cubre riendo con vistosa tela de seda; pero le deja el trasero al descubierto regocijando así a los invitados. Claudiano, *in Eutrop.*, I, 303.
11. La mayor virtud de un príncipe es el perfecto conocimiento de sus súbditos. Marcial, VIII, 15.
12. Los destinos se abren camino. Virgilio, *Eneida*, III, 395.
13. Encomienda lo demás a los dioses. Horacio, *Od.*, I, 9, 9.
14. La disposición del alma cambia constantemente; cuando una pasión la agita, la mutación del viento hará que otra la arrastre. Virgilio, *Georg.*, I, 420.
15. Si os eleváis por el favor de la fortuna, todos alabarán vuestra habilidad. Plauto, *Pseudol.*, II, 3, 13.
16. No basta oír lo que todos dicen, hay que examinar además lo que piensa cada cual y por qué lo piensa. Cicerón, *de Officiis*, I, 41.
17. Esta obra, todavía imperfecta, ha sido retirada del telar. Ovidio, *Trist.*, I, 6, 29.
18. Los beneficios son gratos mientras pueden ser remunerados, mas si sobrepujan nuestros medios de reconocimiento, nos aparecen odiosos. Tácito, *Annal.*, IV, 18.
19. Porque quien como vergonzoso considera el no devolver, quisiera que nadie hubiera a quien estar obligado. Séneca, *Epíst.*, 81.
20. Quien cree haber pagado vuestras obligaciones no podrá ser vuestro amigo. Q. Cicerón, *de Petitione Consulatus*, c. 9.
21. En verdad digo más de lo que creo, mas si no pretendo afirmar las cosas de que dudo, tampoco suprimo aquellas de que estoy muy cierto. Quinto Curcio, IX, I.
22. No debemos inquietarnos por afirmar o negar estas cosas; remitámonos lo que la fama declara. Tito Livio, I, *Præfat.*, y VIII, 6.



## La verdad de parto

### Baltasar Gracián

*"La verdad va de parto en una ciudad que sólo habitan seres de la mayor pureza. Lo que no les impide emprender la huida, y bajo el efecto de un terrible canguelo, cuando les dicen que la verdad es un trabajo de niños."*

*En este párrafo que se encuentra en el capítulo "El poder de los imposibles" de El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis, Lacan resume brevemente el capítulo "La Verdad de Parto", de El Criticón de Baltasar Gracián, agregando que lo que allí se lee es precisamente lo que él ha dicho en su último seminario.*

*Dirigiéndose a los universitarios y en relación al tema de la verdad, dice: "...tal y como se los expliqué la última vez, es tentador sorber la leche de la verdad, pero es tóxica. Adormece, y eso es todo lo que se espera de ustedes."*

*Y más adelante: "No soy yo quien ha inventado esta dimensión de la verdad que hace que esté escondida. Lo que la constituye es la Verborgenheit. En resumen, las cosas son de tal forma que ella hace suponer que lleva algo en su vientre."*

*Gracián, Baltasar (1601-1658). Obras. "El Criticón", Barcelona, Editorial Vergara, 1971.*

### CRISI III

#### LA VERDAD DE PARTO

Enfermó el hombre de achaque de sí mismo; despertóse una fiebre maligna de concupiscencias, adelantándosele cada día los crecimientos de sus desordenadas pasiones; sobrevínole un agudo dolor de agravios y sentimientos. Tenía postrado el apetito para todo lo bueno, y el pulso con intercadencias en la virtud; abrasábase en lo interior de malos afectos, y tenía los extremos <sup>1</sup> fríos para toda obra buena; rabiaba de sed de sus desreglados apetitos, con grande amargura de murmuración; secábasele la lengua para la verdad; síntomas todos mortales.

Viéndole en tanto aprieto, dicen que le envió sus médicos el Cielo, y también el Mundo los suyos, a competencia, y así, muy diferentes los unos de los otros, y muy encontrados en la curación, porque los del Cielo en nada condescendían con el gusto del enfermo, y los mundanos en todo le complacían; con lo cual, éstos se hicieron tan plausibles cuan abominables aquéllos. Ordenábanle los de arriba muchos y muy buenos remedios, y los de abajo ninguno, diciendo:

-¡Eh!, que tanto es menester haber estudiado para no recetar como para recetar.

Citaban los eternos magistrales textos; y los terrenos, ninguno, y decían:

-Más vale testa que testo.

-Guarde la boca -decían unos.

-Coma y beba cuanto apeteriere -los otros.

-Tome un vomitivo de deleites, que le será de mucho provecho.

-No haga tal, que le inquietará las entrañas y le postrará el gusto.

-Denle minorativos de concupiscencia.

-Ni lo piense, sino valientes tiradas de gustos, que le vayan refrescando la sangre.

-¡Dieta, dieta! -repetían aquéllos.

-¡Regalo y más regalo! -replicaban éstos, y asentábasele muy bien al enfermo.

-Púrguese -le recetaron los celestiales-, porque vamos a la raíz del mal y a derribar el humor vicioso que predomina.

-Eso no -salían los mundanos-. Tome, sí, cosas suaves con que se entretenga y alegre.

Oyendo tal variedad, decía el enfermo:

-Aténgome al aforismo que dice: "Si de cuatro médicos, los tres dijeren que

te purgues y uno que no, no te purgues.”

Replicábanle los del Cielo:

-También dice otro: “Si de cuatro médicos, los tres te dijeren que no te sangres y uno sólo que sí, sángrate.” Luego te debes sangrar, y de la vena del arca, restituyendo lo ajeno.

-Eso no -salvan los otros-, que sería quitarle las fuerzas y aun de todo punto desjarretarle.

Y él, en confirmación, añadía:

-¡Qué poco estiman ellos mi sangre! No saben otro que sangrar la costilla de los zurdos.

-No duerma con el mal -encargaban aquéllos.

-Repose y descanse en él -decían éstos.

Viendo, pues, los del Cielo que no se le aplicaba remedio alguno de cuantos ellos ordenaban y que el enfermo iba por la posta caminando a la sepultura, entraron a él y con toda claridad le dijeron que moría. Ni por ésas se dio por entendido; antes, llamando un criado, le dijo:

-¡Hola!, ¿hanles pagado a estos médicos?

-Señor, no.

-Y aun por eso me dan ya por desahuciado. Pagadles y despedidles.

Lo segundo cumplieron. Fuéronse, con tanto <sup>2</sup>, las virtudes; quedáronse los vicios, y él muy en ellos, que presto acabaron con él, aunque no él con ellos; murió el hombre de todos y fue sepultado más abajo de la tierra.

Íbale ponderando a Critilo este suceso de cada día un varón de ha mil siglos: -¡Oh, cómo es verdad -decía Critilo- que los vicios no sanan, sino que matan, y las remedian! No se cura la codicia con amontonar riquezas, ni la gula con los manjares, la sensualidad con los bestiales deleites, la sed con las bebidas, la ambición con los cargos y dignidades; antes, se ceban más y cada día se aumentan. De ese achaque le vino a la torpe Vinolencia hacer estanco de vicios. ¡Y qué feos, qué abominables! Pero entre todos, aquel que se me venía acercando y pegándoseme, que no hice poco en rebatirle: ¿cuál de ellos era?

-Es más cortesano, cuanto más civil; común cuando más extraño.

-¿Cómo se llamaba el tal monstruo?

-Bien nombrado es y aun aplaudido, entremetido y bien admitido. Todo lo anda y todo lo confunde. Entra y sale en los palacios, teniendo en las cortes su guarida.

-Menos te entiendo por eso. Aún no doy en la cuenta, que hay muchos a esta traza y bulle la corte de ellos.



-Pues has de saber que era el capitán de todos, digo la plausible Quimera. ¡Oh monstruo al uso!, ¡oh vicio de todos!, ¡oh peste del siglo!, ¡necedad a la moda! -exclamó el nuevo camarada.

-Por eso yo -añadió Critilo-, luego que me la vi tan cerca, la conjuré, diciendo: ¡Oh monstruo cortesano! ¿Qué me buscas a mí? Anda, vete a tu Babilonia común, donde tantos y tontos pasan <sup>3</sup> de ti y viven contigo: todo embuste, mentira, engaño, enredo, invenciones y quimeras.

Anda, vete a los que se sueñan grandes, y son fantasmas, hombres vacíos de substancia y rebutidos de impertinencia, huecos de sabiduría y atestados de fantasía: todo presunción, locura, fausto, hinchazón y quimera.

Vete a unos aduladores falsos, desvergonzados, lisonjeros que todo lo alaban y todo lo mienten, y a los simples que se lo creen, pagando el humo y el viento; todo mentira, engaño, necedad y quimera.

Vete a unos pretendientes engañados y a unos mandarines engañadores, aquéllos pretendiéndolo todo y éstos cumpliendo nada, dando largas, excusas, esperanzas bobas: todo cumplimiento y quimera.

Vete a unos desdichados arbitristas, inventores de felicidades ajenas, tratando de hacer Cresos a los otros, cuando ellos son unos Iros <sup>4</sup> discurriendo trazas para que los otros coman cuando ellos más ayunan: todo embeleco, devaneo de cabeza, necedad y quimera.

Vete a unos caprichosos políticos, amigos de peligrosas novedades, inventores de sutilezas mal fundadas, trastornándolo todo, no sólo no adquiriendo de nuevo ni conservando de viejo, pero perdiendo cuanto hay, dando al traste con un mundo y aun con dos: todo perdición y quimera.

Vete a Babel moderno de los cultos y afectados escritos, y cuyas obras son de tramoya, frases sin concepto, hojas sin fruto, tomos sin lomo, cuerpos sin alma: todo confusión y quimera.

Vete a los tribunales, donde no se oyen sino mentiras; en las escuelas, sofisterías; en las lonjas, trampas; y en los palacios, quimeras.

Vete a los prometedores falsos, noveleros crédulos, entremetidos desahogados, linajudos desvanecidos, casamenteros mentirosos, pleiteantes necios, sabios aparentes; todo mentira y quimera.

Vete a los hombres de hogar, llenos todos de engaño, mujeres de embeleco; los niños mienten, los viejos engañan, los parientes faltan y los amigos falsean.

Vete a todo lo que dejamos atrás de un mundo inmundo, laberinto de enredos, falsedades y quimeras.

Con esto, traté de huir de ella, que fue del mundo todo, y eché por este

camino de la Verdad, en tan buen punto, que tuve [la] dicha de encontrarte.  
-Harto fue -dijo el Acertador, que así oyó le llamaban-, que todo tú pudieses salir.

-No tan de todo -respondió Critilo-, que no me dejase la mitad, pues otro yo allá queda, Andrenio, aún más amigo que hijo, nada suyo y todo ajeno, rendido a una brutal vinolencia.

Mas aquí no pudiendo articular las palabras, prosiguió haciendo extremos.  
-Ora bien, no te pudras tú -le dijo- de lo que otros engordan. Quiero por consolarte y remediarte, que volvamos allá y que experimentes el eficazísimo contraveneno del vino, que conmigo llevo.

Es la embriaguez -iba ponderando- el último asalto que dan al hombre los vicios; es el mayor esfuerzo que hacen contra la razón. Y así cuentan que, habiéndose coligado todos estos monstruosos enemigos contra un hombre luego que naciera, embistiéndole ya uno, ya otro, por su orden, para más desordenarle, la Voracidad cuando más rapaz, la Mancebía cuando mancebo, la Avaricia cuando varón y la Vanidad cuando viejo, viéndole pasar de edad en edad victorioso y que ya entraba en la vejez triunfando de todos ellos, no pudiéndolo sufrir que a sí se les escapase e hiciese burla de ellos, acudieron a la Embriaguez, afianzando en ella su despique. No se engañaron, pues acomentiéndole ésta con capa de necesidad, llamando al vino su leche, su abrigo y su consuelo, poco a poco y trago a trago se fue entrando y apoderándose de él hasta rendirle de todo punto. Hízole cerrar los ojos a la razón, abrir puerta a todo vicio, y de modo que, con lastimosa infelicidad, aquel que toda la vida se había conservado en su virtud y entereza, se halló de repente a la vejez glotón, lascivo, iracundo, maldiciente, locuaz, vano, avaro, ridículo, imprudente, y todo esto porque vinolento.

Mas ya habían llegado, no al estanque, sino al cenagal de los vicios. Entraron ambos y hallaron a Andrenio, que aún estaba por tierra, sepultado en sueño y vino. Comenzaron a llamarle por su nombre, mas él impaciente, respondía:  
-¡Dejadme, que estoy soñando cosas grandes!

-No puede ser -dijo el Acertador-, que los hombres grandes sólo tienen sueños grandes.

-¡Eh, dejadme!, que estoy viendo cosas prodigiosas.

-No sean mostruosas. ¿Qué puedes ver sin vista?

-Veo -dijo- que el mundo no es ya redondo, cuando todo va a la larga; que la tierra no es ya firme, cuando todo anda rodando; que el cielo es Cielo para los más, pues los menos son personas; que todo es aire en el mundo, y así todo se lo lleva el viento; el agua que fue y el vino que vino; el sol no es solo



ni la una es una, los luceros sin estrellas y el norte no gufa; la luz da enojos y el alba llora cuando ríe; las flores son delirios y los lirios espinan; los derechos andan tuertos y los tuertos a las claras; las paredes oyen cuando las orejas se rascan; los postres son antes y muchos fines son medios; que el oro no es pesado y las plumas mucho; los mayores alcanzan menos y hablan gordo los más flacos y alto los más bajos; no son ladrados los ladrones, con que ninguno tiene cosa suya; los amos son mozos, y las mozas las que mandan; más pueden espaldas que pechos, y quien tiene hierro, no tiene aceros<sup>5</sup>; los servicios se miran de mal ojo, y los proveídos son premiados; la vergüenza es corrimiento, y los buenos no hacen llorar, sino reír; del mentís se hace caso y del mentir casa; no son los sabios los entendidos ni oídos los que hablan claro; el tiempo hecho cuartos y el día enhoramalas; los relojes quitan dando y de los buenos días se hacen los malos años; tras la tercera<sup>6</sup> va la primera y las desgracias son gracias; las diademas en París, los galanes en Francia.

-¡Calla ya! -le dijo el Acertador-, que sin duda se dijo diablo del que noche y día habla.

-Mas es cantar mal y porfiar. Digo que todo anda al revés y todo trocado de alto a bajo; los buenos ya valen poco y los muy buenos para nada, y los sin honra son honrados; los bestias hacen del hombre y los hombres hacen la bestia; el que tiene es tenido y el que no tiene es dejado; el de más cabdal<sup>7</sup>, es sabio, que no el de más caudal; las niñas lloran y las viejas ríen; los leones dan balidos y los ciervos cazan; las gallinas cacarean y no despiertan los gallos; no caben en el mundo los que tienen más lugar, y muchos hijos de algo valen nada; muchos por tener antojos no ven, y no se usan los husos; ya no nacen niños, ni los mozos bien criados; las que valen menos son buenas joyas, y los más errados buenas lanzas; veo unos desdichados antes de nacidos y otros venturosos después de muertos; hablan a dos luces los que a oscuras; y todo ahora es a deshora.

Prosiguiera en sus dislates, si el Acertador no tratara de aplicarle el eficaz remedio, que fue echarle en la vasija del vino, no una anguila (como el vulgo ignorante sueña), sino una serpiente sabia, que al punto le hizo volver a ser persona y aborrecer aquel tóxico del juicio y veneno letal de la razón. Sacólos con esto el Acertador de aquel estanco de los vicios y estanque de monstruos, al de los prodigios. Era éste uno de los raros personajes que se encuentran en el vario viaje de la vida, de tan extraña habilidad, que a todos cuantos encontraban les iba adivinando el suceso de su vida y el paradero de ella.



Iban atónitos nuestros peregrinos oyéndole adivinar con tanto acierto. Toparon, de los primeros, uno de muy mal gesto, y al punto dijo:

-De éste no hay que aguardar buen hecho.

Y no se engañó. De un tuerto pronosticó que no hará cosa a buen ojo, y acertó. A un corcovado le adivinó sus malas inclinaciones; a un cojo, los malos pasos en que andaba, a un zurdo, su malas mañas; a un calvo, lo pelón, y a un ceceoso, lo mal hablado. A todo hombre señalado de la naturaleza señalaba él con el dedo, diciéndoles se guardasen. Encontraron ya un grande perdigón, que iba perdiendo a toda prisa lo que muy poco a poco se había ganado, y al punto dijo:

-No hizo él la hacienda, no, que quien no la gana no la guarda.

Pero esto es nada; cosas más raras y más recónditas adivinaba como si las viera, y así, encontrando un coche que traía tan arrastrado a su dueño cuan desvanecida a su ama, dijo:

-¿Veis aquel coche? Pues antes de muchos años será carreta.

Y realmente fue así.

Viendo edificar una cárcel muy suntuosa y fanfarrona, con muchos dorados hierros, que pudiera sustituir un palacio, dijo:

-¿Quién creerá que ha de venir a ser hospital?

Y de verdad lo fue, porque vinieron a parar en ella pobres desvalidos y desdichados.

De un cierto personaje, que tenía muchos y buenos amigos, dijo que danzaba muy bien, y acertó, porque todos le alabaron. Al contrario, de otro que tenía cara de pocos amigos:

-Éste no hará cosa bien, ni saldrá con lo que emprendiere.

Esto es más: que llegó uno y le preguntó cuánto tiempo viviría. Miróle a la cara y dijo que cien años, y que si le bobeara un poco más, dijera que doscientos. A otro, inútil para todo, aseguró que sacaría de la puja al mismo Matusalén. Pero lo más es que, en viendo a cualquiera, le atinaba la nación.

Y así de un invencionero, dijo:

-Éste, sin más ver, es italiano.

De un desvanecido, inglés; de un desmazalado, alemán; de un sencillo, vizcaíno; de un altivo, castellano; de un cuitado, gallego; de un bárbaro, catalán; de un poca cosa, valenciano; de un alborotado alborotador, mallorquín; de un desdichado, sardo; de un tozudo, aragonés; de un crédulo, francés; de un encantado, danao<sup>8</sup>; y así de todos los otros. No sólo la nación, pero el estado y el empleo adivinaba. Vio un personaje muy cortés, siempre con el sombrero en la mano, y dijo:

-¿Quién dirá que éste es hechicero?

Y realmente fue así, que a todos hechizaba.

De un embelesado, que era astrólogo; de un soberbio, cochero; de un descortés, ujier de saleta; de un desarrapado y arrapador, soldado; de un lascivo, viudo; de un peludo, hidalgo. De un hombre de puesto, que prometía mucho y a todos daba buenas palabras, dijo:

-Éste contentará a muchos necios.

De otro que no tenía palabra mala, adivinó que no tendría obra buena. Y al que mucha miel en la boca, mucha hiel en la bolsa.

Vio a uno, ir y venir a una casa, y dijo:

-Éste anda por cobrar.

A cierto hombre que dio en decir verdades, le pronosticó muchos pesares; y al de gran lengua, gran dolor de cabeza. A cada uno le adivinaba su paradero, como si lo viera, sin discrepar un tilde: a los liberales, el hospital; a los interesados, el infierno; a los inquietos, la cárcel; y a los revoltosos, el rollo<sup>9</sup>; a los maldicientes, palos, y a los descarados, redomas<sup>10</sup>; a los capeadores, jubones<sup>11</sup>; a los escaladores, la escalera<sup>12</sup>; a las malas, palo santo<sup>13</sup>; a los famosos, clarín; a los sonados, paseo; a los perdidos, pregones; a los entremetidos, desprecio; a los buenos pájaros, el aire<sup>14</sup>; a los gavilanes, pigüelas<sup>15</sup>, y a los lagartos, culebras; a los cuerdos, felicidades; a los sabios, honras, y a los buenos, dichas y premios.

-¡Qué rara habilidad ésta! -ponderaba Andrenio-. No sé qué me diera por tenerla. ¿No me enseñarías esta tu astrología?

-Páreceme a mí -dijo Critilo- que no es menester muchos astrolabios para esto, ni consultar muchas estrellas.

-Así lo creo -dijo el Adivino-, pero pasemos adelante, que yo te ofrezco, ¡oh Andrenio!, de sacarte tan adivino como yo con la experiencia y el tiempo.

-¿Dónde nos llevas?

-Donde todos huyen.

-¿Pues si huyen, ¿para qué vamos nosotros?

-Y aun por eso, para huir de todos ellos. Aunque primero querría de introducirnos en la famosa Italia, la más célebre provincia de la Europa.

-Dicen que es país de personas.

-Y personadas también.

-Extraño deajo ha sido el de Alemania -decía Andrenio.

Y Critilo:

-Sí, cual yo me lo imaginaba.

-¿Qué os ha parecido de aquella tan extendida provincia, la mayor sin duda

de Europa? Decidlo en puridad.

-A mí -respondió Andrenio-, lo que más me ha contentado hasta hoy.

Y Critilo:

-A mí la que menos.

-Por eso no se vive en el mundo con un solo voto.

-¿Qué te ha agradado a ti más en ella?

-Toda, de alto a bajo.

-Querrás decir Alta y Baja.

-Eso mismo.

-Sin duda que su nombre fue su definición, llamándose Germania, *a germinando*, la que todo lo produce y engendra, siendo fecunda madre de vivientes y de víveres y de todo cuanto se puede imaginar para la vida humana.

-Sí -replicó Critilo-, mucho de extensión y nada de intensidad, mucha cantidad y poca calidad.

-¡Eh!, que no es una provincia sola -proseguía Andrenio-, sino muchas que hacen una, porque si bien se nota, cada potentado es casi un casi un rey y cada ciudad una corte, cada casa un palacio, cada castillo una ciudadela, y toda ella un compuesto de populosas ciudades, ilustres cortes, suntuosos templos, hermosos edificios e inexpugnables fortalezas.

-Eso mismo hallo yo -dijo Critilo- que la ocasiona su mayor ruina y su total perdición, porque cuanto más potentados, más cabezas; cuantas más cabezas, más caprichos, y cuantos más caprichos, más disensiones. Y como dijo Horacio, lo que los príncipes deliran, los vasallos lo suspiran.

-No puedes negar -dijo Andrenio- su abundancia y su opulencia. Mira qué abastecida de todo, que se dicen España la rica, Italia la noble, también Alemania la harta. ¡Qué abundante de granos, de ganados, pescas, cazas, frutos y frutas! ¡Qué rica de minerales! ¡Qué vestida de arboledas! ¡Qué adornada de bosques, hermoçada de prados! ¡Qué surcada de caudalosos ríos, y todos navegables! De tal suerte que tiene más ríos Alemania, que las otras provincias arroyos, más lagos que las otras fuentes, más palacios que las otras casas, y más cortes que las otras ciudades.

Así es -dijo Critilo-, yo lo confieso; mas en eso mismo hallo yo su destrucción y que su misma abundancia la arruina, pues no hace otro que ministrar leña al fuego de sus continuas guerras en que se abrasa, sustentado contra sí muchos y numerosos ejércitos, lo que no pueden otras provincias, especialmente España, que no sufre ancas.

-Pero viniendo ya a sus bellos habitantes -dijo el Acertador-, ¿cómo quedáis con los alemanes?



-Yo muy bien -dijo Andrenio-. Hanme parecido muy lindamente, son de mi genio; engañanse las demás naciones en llamar a los alemanes los animales, y me atrevo a decir que son los más grandes hombres de la Europa.

-Sí -dijo Critilo-, pero no los mayores.

-Tiene dos cuerpos de un español cada alemán.

-Sí; pero no medio corazón.

-¡Qué corpulentos!

-Pero sin alma.

-¡Qué frescos!

-Y aun fríos.

-¡Qué bravos!

-Y aun feroces.

-¡Qué hermosos!

-Nada bizarros.

-¡Qué altos!

-Nada altivos.

-¡Qué rubios!

-Hasta en la boca <sup>16</sup>.

-¡Qué fuerzas las suyas!

-Mas sin bríos. Son de cuerpos gigantes y de almas enanas.

-Son moderados en el vestir.

-No así en el comer.

-Son parcos en el regalo de sus camas y menaje de sus casas.

-Pero destemplados en el beber.

-¡Eh!, que ése en ellos no es vicio, sino necesidad. ¿Qué había de hacer un corpacho de un alemán sin vino?

-Fuera un cuerpo sin alma, él les da alma y vida.

-Hablan la lengua más antigua de todas.

-Y la más bárbara también.

-Son curiosos de ver mundo.

-Y si no, no serían dél.

-Hay grandes artífices.

-Pero no grandes doctos.

-Hasta en los dedos tienen la sutileza.

-Más valiera en el cerebro.

-No pueden pasar sin ellos los ejércitos.

-Así como ni el cuerpo sin el vientre.

-Resplandece su nobleza.

-¡Ojalá su piedad! Pero su infelicidad es que, así como otras provincias de Europa han sido ilustres madres de insignes patriarcas, de fundadores de las Sagradas Ordenes, ésta, al contrario, de etcétera.

Estorbóles el proseguir un confuso tropel de gentes, que a todo correr venían haciendo por aquellos caminos, harto descaminados, al derecho y al través, atropellándose unos a otros, y todos desalentados. Y lo que más admiración les causó fue ver que los mayores hombres eran los primeros en la fuga y que los más grandes alargaban más el paso y echaban valientes trancos los gigantes, y aun los cojos no eran los postreros. Atónitos nuestros flemáticos peregrinos, comenzaron a preguntar la causa de una tan fanática retirada, y nadie les respondió, que aun para eso no se daban vagar.

-¿Hay tal confusión? ¿Viose semejante locura? -decían.

Cuando más admirado uno de su admiración de ellos, les dijo:

-O vosotros sois unos grandes sabios, o unos grandes necios, en ir contra la corriente de todos.

-Sabios no -le respondieron-, pero sí que lo deseamos ser.

-Pues mirad que no muráis con ese deseo.

Y atrancó cien pasos.

-¡A huir, a huir! -venía voceando otro-, que ya parece que desbucha.

Y pasó como un regañón <sup>17</sup>.

-¿Quién es ésta que anda de parto? -preguntó Andrenio.

Y el Acertador:

-Poco más o menos, ya yo adivino lo que es.

-¿Qué cosa?

-Yo os lo diré. Éstos sin duda vienen huyendo del reino de la Verdad, donde nosotros vamos.

-No le llames reino -replicó uno de los transfugas-, sino plaga, y con razón, pues así lastima; y más hoy, que tiene alborotado el mundo, solicitándose la ojeriza universal.

-¿Y qué es la causa? -le preguntaron-. ¿Hay alguna novedad?

-Y bien grande. ¿Eso ignoráis ahora? ¡Qué tarde llegan a vosotros las cosas!

¿No sabéis que la Verdad va de parto estos días?

-¿Cómo de parto?

-Sí, aun con la barriga en la boca, reventando por reventar.

-Pues, ¿qué importa que para? -replicó Critilo-. ¿Por eso se inquieta el mundo? Haced que para en buen hora, y el Cielo que la alumbre.

-¿Cómo que qué importa? -levantó la voz el cortesano-. ¡Qué linda flema la vuestra! Mucha alemania <sup>18</sup> gastáis. Si ahora con una verdad sólo no hay

quien viva ni hay hombre que la pueda tolerar, ¿qué será si da en parir otras verdades, y éstas otras, y todas paren? Llenarse ha el mundo de verdades, y después buscarán quién le habite. Dígoos que se vendrá a despoblar.

-¿Por qué?

-Porque no habrá quien viva: ni el caballero, ni el oficial, ni el mercader, ni el amo, ni el criado. En diciendo verdad, nadie podrá vivir. Dígoos que no vendrán a quedar de cuatro partes la media. Con una verdad que le digan a un hombre tiene para toda la vida; ¿qué será con tantas? Bien pueden cerrar los palacios y alquilar los alcázares. No quedarán cortes ni cortijos. Con tantica verdad hay hombre que se ahíta, y no es posible digerirla; ¿qué hará con un hartazgo de verdades? Gran buche será menester: para cada día su verdad a secas. ¡Bien amargarán!

-¡Eh!, que muchos habrá -dijo Critilo- que no temerán las verdades; antes, les vendrán nacidas.

-¿Y quién será ése? Decidlo, le levantaremos una estatua. ¿Cuál será el confiado que no le puedan estrellar una verdad entre ceja y ceja, y aun darle con muchas por la cara? Y a fe que escuecen mucho y por muchos días. Llibreos Dios de una valiente zurra de verdades. Pican que abrasan. Y si no, veamos. Díganle a la otra lo que le dijo don Pedro de Toledo: "Mire que le diré peor que tal." Y replicando ella: "¿Qué me dirá?" "Peor que vieja." Plántenle al otro lucifer una verdad en un cedulón <sup>19</sup>, y veréis lo que se endiablo.

Acuérdenle al más estirado lo que él más olvida; al más pintado sus borroncillos; píquenle con la lezna al desvanecido; díganle al otro rico que lo ganó por su pico su abuelo, que vuelva la mira atrás al que se hace tan adelante; acuérdenle lo de los pasteles <sup>20</sup> al que hoy asquea los faisanes; de su cuartana al león y al fénix de lo gusano <sup>21</sup>.

No os admiréis que huyamos de la Verdad, que es traviesa y atraviesa el corazón. Veis allí tendido un gigante de la hinchazón, que le mató un niño y con un alfiler, y hay quien dice se lo vendió su abuelo, mas él se tiene la culpa: que hiciera orejas de mercader. Digo, pues, que no hagáis admiraciones de que todos corran de corridos.

-¿De qué huyen aquellos soldados? -decía Andrenio.

-Porque no les digan que huyeron y que son de los de *fugerunt, fugerunt* <sup>22</sup>. Venía uno gritando:

-¡Verdad, verdad! Pero no por mi boca, menos por mis orejas.

-De éstos toparéis muchos. Todos querrían les tratasen verdad, y ellos no tomarla en la boca.



-Ora, señores -ponderaba Andrenio-, que los trasgos huyan, vayan con Belcebú, nunca acá vuelvan, pero ¿los soles?

-Sí, porque no les den en rostro con sus lunares.

Venía por puntos reforzando la voz:

-¡Ya pare! ¡Afuera, que desbucha! ¡A huir, príncipes! ¡A correr, poderosos! Y a este grito había hombre que tomaba postas. No había monta a caballo<sup>23</sup> como éste. Potentado hubo, que reventó los seis caballos de la carroza. Pero es de advertir que esto pasaba en Italia, donde se teme más una verdad que una bala de un basilisco otomano. Que por eso corren tan pocas, le usan raras.

-¿De cuándo acá está preñada esta Verdad -preguntó Andrenio-, que yo la tenía por decrepita, y aun caduca, y ahora sale con parir?

-Días ha que está y aun años, y dicen que del Tiempo.

-Según eso mucho tendrá que echar a luz.

-Por lo menos, cosas bien raras.

-¿Y todas serán verdades?

-Todas.

-Ahora vendrá bien aquello de noche mala y parir hija. ¿Por qué no pare cada año, y no hacer tripa de verdades?

-¡Oh, sí, no hay más de desbuchar! Antes, concibe en un siglo para parir en otro.

-Pues serán ya verdades rancias.

-No, a fe, sino eternas. ¿No sabes tú que las verdades son de casta de acerolas, que las podridas son las maduras y más suaves, y las crudas las coloradas? Aquéllas que hacen saltar los colores al rostro son intratables; sólo las puede tragar un vizcaíno.

-Sin duda que allá en aquellos dorados siglos debía parir esta Verdad cada día.

-Menos, porque no había qué decir. No concebía; todo estaba dicho. Mas ahora no puede hablar, y revienta. Vase deteniendo, como la preñada erizo, que cuanto más tarda, más siente las punzas de los hijuelos y teme más el echarlos a luz. Ora ¡qué de cosas raras tendrá guardadas en aquellas enseñadas de su notar y advertir! Por eso decía un atento: “Casar y callar.” ¡Qué hermosos partos! ¡Qué de bellezas desbuchará!

-Antes sospecho yo -dijo Critilo- que han de ser horribles monstruosidades, desaciertos increíbles, valientes desatinos, cosas al fin sin pies ni cabeza; que si fueran aciertos bulleran penegóricos.

-Sean lo que fueren -decía el Adivino-, ellas han de salir. Ella no conciba,

que si una vez se empreña, o reventar o parir. Que, como dijo el mayor de los sabios, ¿quién podrá detener la palabra concebida?

-Dime -preguntó Andrenio-, ¿nunca se ha rezumado, siquiera discurrido, lo que parirá esta Verdad? ¿Será hijo, o hija? ¿Qué mienten las comadres? ¿Qué adulan los físicos? ¿No corre algún disparate claro de un tan sellado secreto?

En esto hay mucho que decir, y más que callar. Luego que se tuvo por cierto este preñado, viéales asustados los interesados, cuidadosos los que se quemaban, que fueron casi todos los mortales. Trataron luego de consultar los oráculos sobre el caso. Respondióles el primero que pariría un fiero monstruo, tan aborrecible cuan feo.

Considerad ahora el mortal susto de los mortales. Acudieron a otro por consuelo, y le hallaron, porque les respondió todo lo contrario, que pariría un pasmo de belleza, un hijo tan lindo cuan amable. Quedaron con esto más confusos, y por sí o por no, intentaron ahogarle; mas en vano, que aseguran es inmortal, y sépalo todo el mundo. Dicen que la Verdad es como el río Guadiana, que aquí se hunde y acullá sale. Hoy no osa chistar, parece que anda sepultada, y mañana resucita, un día por rincones y al otro por corrillos y por plazas. Llegará el día del parto y veremos este secreto, saldremos de esta suspensión.

-Y tú, que te picas de adivinarlo todo, ¿qué sientes de esto? ¿Qué rastreas? ¿No das en quién será este monstruo y este prodigio?

-Sí -dijo él-, por lo menos lo que podrían ser el primero para los necios y el segundo para los cuerdos. Yo diría que el primero es...

Pero asomó en éstas un raro ente, que venía, no tanto huyendo, cuanto haciendo huir. Hacíase no sólo calle, pero plaza. Daba desaforados gritos, y decía:

-¿A mí el loco, cuando hago tantos cuerdos? ¿A mí el desatinado, que hago acertar? ¿A mí, a mí, el sin juicio, que a muchos doy entendimiento?

-¿Quién es éste? -preguntó Critilo.

Y respondióle:

-Éste es un hablativo absoluto, que ni rige ni es regido. Éste es el loco del príncipe tal.

-¿Cómo es posible -replicó- que un señor tan cuerdo, llamado por antonomasia el Prudente (y no el Séneca de España<sup>24</sup>, como si el otro hubiera sido de Etiopía), cómo es creíble lleve consigo un perennal?

-Y aun por eso, porque él es prudente.

-Pues, ¿qué pretende?

-Oír la verdad alguna vez, que ningún otro se la dirá ni la oír de otra boca. No os admiréis cuando viereis los reyes rodeados de locos y de inocentes, que no lo hacen sin misterio. No es por divertirle, sino por advertirle, que ya la verdad se oye por boca de ganso. Ahora caminemos, que no podemos estar ya muy lejos de la corte.

-Eso de corte, excusadlo -respondió un gran contrario suyo.

-¿Y por qué no?

-Porque no se oyó jamás verdad en corte, ¿cómo habrá corte de la Verdad? ¿Cómo puede llamarse corte donde no se miente ni se finge, donde no hay mentidero, donde no corren cada día cien mentiras como el puño?

-¿Pues qué -preguntó Andrenio-, no se puede mentir en esa corte?

-¿Cómo, si es de la Verdad?

-¿Ni una mentirilla?

-Ni media.

-¿Ni en su ocasión, que es gran socorro?

-No, por cierto.

-¿Ni sustentada por tres días a la francesa, que vale mucho?

-Ni por uno.

-¡Eh, vaya, que por un cuarto...!

-Ni por un instante.

-¿Ni una equivocación a lo hipócrita?

-Tampoco.

-¿Ni un disimular la verdad, que no es mentira? Pero, ¿ni decir todas las verdades?

-Ni aun eso.

-¡Válgate Dios por verdad, y qué puntual eres! Casi casi voy tratando de huir también. ¿Qué, ni una excusa con el embestidor, ni una lisonja con el príncipe, ni un cumplimiento con el cortesano?

-Nada, nada de todo eso; todo liso, todo claro.

-Ahora digo que no entro yo allá. No me atrevo a pasar por una tan estrecha religión. ¿Yo vivir sin el desempeño ordinario? Será imposible. Desde ahora me despido de tal corte, y a fe que no seré solo. ¿No hay embustes? Pues digo que no es corte. ¿No hay engañadores ni lisonjas, ni lisonjeros ni encarecedores? Pues no habrá cortesanos. ¿No hay caballeros sin palabra ni grandes sin obra? Pues digo que ni es corte. ¿No hay casas a la malicia y calles a la pena? Vuelvo a decir que no puede ser corte. Señores, ¿quién vive en este París, en este Estocolmo? ¿Quién en esta Cracovia? ¿Quién corteja a esta reina? ¿Sola debe andarse como el fénix?



-No falta quien la asista y la corteje -respondió el Acertador-. Porque sabrás, joh, Andrenio!, que cuando los mundanos echaron la Verdad del mundo y metieron en su trono la Mentira, según refiere un amigo de Luciano, trató el Supremo Parlamento de volverla a introducir en el mundo, a petición de los mismos hombres, a instancias de los mundanos, que no podían averiguarse ni con criados ni oficiales, ni con las propias mujeres: todo era mentira, enredo y confusión. Parecía un Babel todo el mundo, sin poderse entender unos a otros. Cuando decían *sí*, decían *no*, y cuando *blanco*, *negro*; conque no había cosa cierta ni segura. Todos andaban perdidos y gritando: "¡Vuelva, vuelva la Verdad!"

Era dificultosa la empresa y temíase mucho el poder salir de ella, porque no se hallaba quien quisiese ser el primero a decirla: ¿quién dirá la primera verdad? Ofreciéronse grandes premios al que quisiese decir la primera, y no se hallaba ninguno; no había hombre que quisiese comenzar. Buscáronse varios medios, discurriéronse muchos arbitrios, y no aprovechaban. "¡Pues ella se ha de introducir, ella ha de volver a los humanos pechos y a arraigarse en los corazones! ¡Véase el cómo!"

Teníanlo por imposible los políticos, y decían: "¿Por dónde se ha de comenzar? Por Italia es cosa de risa, por Francia es cuento, por Inglaterra no hay que tratar, por España, aún, aún, pero será dificultoso."

Al fin, después de muchas juntas, se resolvió que la desliesen con mucho azúcar para desmentir su amargura y le echasen mucho ámbar contra la fortaleza que de sí arrojaba. Y de este modo dorada y azucarada, en un tazón de oro (no de vidrio, por ningún caso, que se trasluciría) luego la fuesen brindando a todos los mortales, diciendo ser [la] más exquisita confección, una rara bebida venida de allá de la China, y aun más lejos, más preciosa que el chocolate ni que el chá<sup>25</sup> ni que el sorbete, para que con eso hiciesen vanidad de beberle.

Comenzaron, pues, a mandarla a unos y a otros por su orden. Llegaron a los príncipes los primeros, para que con su ejemplo se animasen a pasarla los demás y se compusiese el orbe todo, mas ellos de una legua sintieron su amargura (que tienen muy despiertos los sentidos: tanto huelen como oyen) y comenzaron a dar arcadas. Alguno hubo que por una sola gota que pasó comenzó luego a escupir, que aún le dura. En probándola, decían todos: "¡Qué cosa tan amarga!" Y respondían otros: "Es la Verdad."

Pasaron con tanto a los sabios: "Éstos sí, decían, que toda su vida hacen estudio de averiguarla." Mas ellos tan presto como la comieron, la arrimaron, diciendo que tenían hartos con la teórica, que no querían la práctica; en especulación, no en ejecución.

“Ahora vamos a los varones ancianos, y muchachos, que suelen hacer pasto de ella.” Engañáronse, porque en sintiéndola, cerraron los labios y apretaron los dientes, diciendo: “Por mi boca, no; por la del otro; a la de mi vecino.” Convidaron a los oficiales. Menos, antes dijeron que morirían de hambre en cuatro días si en la boca la tomasen, especialmente los sastres. Los mercaderes, ni verla, que por eso tienen las tiendas a oscuras y aborrecen sus cajones la luz. Los cortesanos, ni oírla.

No se halló mujer que la quisiese probar, y decía una:

-¡Anda allá!, que mujer sin enredo, bolsa sin dinero.

De esta suerte fueron pasando por todos los estados y empleos, y no se halló quien quisiese arrostrar a la Verdad. Viendo esto, se resolvieron de probar con los niños, para que tan temprano la mamasen con la leche y se hiciesen a ella; y fue menester buscarlos muy pequeñuelos, porque los grandecillos ya la conocían y la aborrecían a imitación de sus padres.

Fueron a los locos perennales, a los simples solemnes, que todos la bebieron: los niños, engañados con aquella primera dulzura los simples, porque no dieron en la cuenta, apachugaron con el vaso hasta agotarle. Llenaron el buche de verdades, comenzando al punto a regoldarlas: amargue o no amargue, ellos la dicen; pique o no pique, ellos la estrellan; unos la hablan, otros la vocean. Ellos no la sepan, que si la saben no dejarán de decirla. Así que los niños y los locos son hoy los cortesanos de esta reina, ellos los que la asisten y la cortejan.

Hallábanse ya a la entrada de una ciudad por todas partes abierta. Vefanse sus calles exentas, anchas y muy derechas, sin vueltas, revueltas ni encrucijadas, y todas tenían salida. Las casas eran de cristal, con puertas abiertas y ventanas patentes; no había celosías traidoras, ni tejados encubridores. Hasta el cielo estaba muy claro y muy sereno, sin nieves de emboscadas, y todo el hemisferio muy despejado.

-¡Qué diferente región ésta -ponderaba Critilo- de todo lo restante del mundo!

-Pero ¡qué corta corte ésta! -decía Andrenio.

Y el Acertador:

-Por eso defendía uno que la mayor corte hasta hoy había sido la de Babilonia: perdone la triunfante Roma, con sus seis millones de habitantes, y Panquín en la China, en cuyo centro, puesto en alto un hombre, no descubre sino casas, con ser tan llano su hemisferio.

Estaban ya para entrar, cuando repararon en que muchos, y gente de autoridad, antes de meter el pie, hacían una acción bien notable, y era calafatearse muy bien las orejas con algodones. Y aun no satisfechos con esto, se ponían ambas manos en ellas y muy apretadas.



-¿Qué significa esto? -preguntó Critilo-. Sin duda que éstos no gustan mucho de la Verdad.

-Antes, no hallan otra cosa -respondió el Acertador.

-Pues ¿para qué es esta diligencia?

-Hay un gran misterio en esto -dijo uno de ellos mismos, que lo oyó.

-Y aun una gran malicia -replicó otro-, si es cautela.

-¡No es cautela!

Con que se trabó entre los dos una gran altercación.

-De necios es el porfiar -decía el primero.

-Y de discretos el disputar -replicó el segundo.

-Digo que la verdad es la cosa más dulce de cuantas hay.

-Y yo digo que la más amarga.

-Los niños son amigos de lo dulce, y la dicen: luego dulce es.

-Los príncipes son enemigos de lo que amarga, y la escupen: luego amarga es. Loco es el que la dice.

-Y sabio el que la oye.

-No es política tampoco; es embustera, es muy pesada.

-También es preciosa como el oro.

-Es desaliñada.

-Achaque de linda.

-Todos la maltratan.

-Ella hace bien a todos.

De esta suerte discurrían por extremos, sin topar el medio, cuando el Acertador se puso en él, y les dijo:

-Amigos, menos voces y más razones. Distinguid textos y concordaréis derechos. Advertid que la verdad en la boca es muy dulce, pero en el oído es muy amarga; para dicha no hay cosa más gustosa, pero para oída no hay cosa más desabrida. No está el primor en decir las verdades, sino en el escucharlas, y así veréis que la verdad murmurada es todo el entretenimiento de los viejos: en esto gastan días y noches; gustan mucho de decirla, pero no que se les digan. Y en conclusión, la verdad por activa es muy agradable, pero por pasiva, la quinta esencia de lo aborrecible: esto es, en murmuración, no en desengaño.

Comenzaron ya a discurrir por aquellas calles, si bien no acertaba Andrenio a dar paso y de todo temía: en viendo un niño, se ponía a temblar, y en descubriendo un orate, desmayaba. Toparon y oyeron cosas nunca dichas ni oídas, hombres nunca vistos ni conocidos. Aquí hallaron el *sí, sí* y el *no, no*, que aunque tan viejos nunca los habían topado; aquí el *hombre de su palabra*,



que casi no le conocían; viéndolo estaban y no lo creían, como ni al *hombre de verdad y de entereza*, el de *andemos claros, vamos con cuenta y razón, el de la verdad por un moro*, que todos eran personajes prodigiosos.

-Y aun por eso no los hemos encontrado en otras partes -decía Critilo-, porque están aquí juntos.

Aquí hallaron los hombres sin artificio, las mujeres sin enredo, gente sin tramoya.

-¿Qué hombres son éstos -decía Critilo- y de dónde han salido, tan opuestos con los que por allá corren? No me harto de verlos, tratarlos y conocerlos; esto sí que es vivir. Éste, cielo es, que no mundo. Ya creo ahora todo cuanto me dicen sin escrúpulo alguno ni temor de engaño, que antes no hacía más que suspender el juicio y tomar un año para creer las cosas. ¿Hay mayor felicidad que vivir entre hombres de bien, de verdad, de conciencia y entereza? ¡Dios me libre de volver a los otros que por allá se usan!

Pero duróle poco el contento, porque yéndose encaminando hacia la Plaza Mayor, donde se lograba el transparente alcázar de la Verdad triunfante, oyeron antes de llegar allá unas descomunales voces, como salidas de las gargantas de algún gigante, que decían:

-¡Guarda el monstruo, huye el coco! ¡A huir todo el mundo, que ha parido ya la Verdad el hijo feo, el odioso, el abominable! ¡Que viene, que vuela, que llega!

A esta espantosa voz echaron todos a huir, sin aguardarse unos a otros, a necio el postrero. Hasta el mismo Critilo, ¿quién tal creyera?, llevado del vulgar escándalo, cuando no ejemplo, se metió en fuga, por más que el Acertador le procuró detener con razones y con ruegos:

-¿Dónde vas? -le gritaba.

-Donde me llevan.

-¡Mira que huyes de un cielo!

-Pongamos cielo en medio.

Quien quisiere saber qué monstruo, qué espantoso fuese aquel hijo de una tan hermosa madre y dónde fueron a parar nuestros asustados peregrinos, trate de seguirlos hasta la otra crisi.

## NOTAS

1. Las extremidades.
2. Por tanto.
3. Viven.
4. Mendigos; nombre tomado de *La Odisea*.
5. Bríos.
6. Alcahueta.
7. Dinero, peculio, aragonesismo.
8. Danés.
9. Picota cilíndrica, hecha de piedra.
10. En vez de "redomazo" o golpe dado con la redoma.
11. Azotes que en las espaldas daba el verdugo.
12. De la horca.
13. Decíase curaba el mal francés.
14. Otra alusión a la horca.
15. Correa con que se ataba a los halcones; en la cárcel, grillos.
16. Boquirrubios, es decir, imprudentes, inexpertos.
17. Viento cierzo.
18. Flema, según Romera.
19. Aviso que se fijaba en las iglesias y lugares públicos con los nombres de los excomulgados.
20. Se tenía por comida de pobre.
21. Pues, según Plinio, de los huesos y médula del fénix salía un gusano y luego el polluelo.
22. Huyeron. Se empleaba este verbo en los exorcismos. (Romera.)
23. Toque de montar en caballería.
24. Probablemente alude a *El segundo Séneca de España*, de Pérez de Montalbán.
25. Té, en chino y portugués.

# Cogito

## Descartes

...ya no soy, pues, hablando con precisión, sino una cosa que piensa...

R. Descartes.

*En múltiples oportunidades, Lacan ha hecho referencia al cogito cartesiano.*

*El trabajo que publicamos en esta oportunidad, no es una cita de Lacan pero consideramos pertinente hacerlo en tanto se trata de un seguimiento de dicho concepto en su obra.*

*Su autor, Sidi Askofaré, un colega de Toulouse, ha realizado un recorrido preciso y riguroso de las distintas formas en que Lacan utiliza el cogito, en sus Escritos y seminarios.*

*En tanto las características de dicho trabajo, hacen innecesaria la localización y reproducción en este espacio de las citas de Lacan, nuestro habitual comentario, ha tomado la dimensión de su trabajo "De quelques references au cogito".*

*Askofaré, Sidi. "De quelques references au cogito". Ponencia pronunciada en el marco de un ciclo de Conferencias de la Formation Continue de la Découverte Freudienne de la Universidad de Toulouse-Le Mirail. Publicado en: Séries de la Découverte Freudienne. Vol. III, Enero 1989. Suplemento del n° 21 de Pasant. Trad.: Alicia Bendersky y Maite Garzo.*



## ACERCA DE ALGUNAS REFERENCIAS AL *COGITO*

Intentaré ubicar rápidamente en la enseñanza de Lacan la aparición de la referencia al *cogito* de Descartes, y las articulaciones, desarrollos, críticas, revisiones y torsiones a las que lo sometió en función de los problemas, en la resolución de los cuales quiso integrarlo. Lo cual supone que se parte de la idea de que, abordando el *cogito* de Descartes, Lacan no ha intentado hacer de filósofo. Tampoco puede considerarse que haya en él una doctrina o una teoría del *cogito* propiamente dicha, un comentario filosófico del *cogito* que hiciera serie con los de Husserl, Heidegger, Guéroult o Koyré.

El *cogito* en la obra de Lacan tiene, me parece, un estatuto idéntico a las categorías hegelianas (la lucha a muerte, el reconocimiento, el Amo absoluto, la ley del corazón, la astucia de la razón, el saber absoluto, etc...), o a ciertas fórmulas freudianas (“*Wo es war, soll Ich werden*”) incluso a ciertas secuencias clínicas (*Fort-da*), que Lacan utiliza en momentos diferentes y con fines distintos en su enseñanza.

Tomaré como punto de partida las siguientes preguntas:

1. ¿Cuál es el fundamento de esta referencia de Lacan al *cogito*?
2. ¿De qué elaboraciones conceptuales y doctrinales participa esta referencia en la enseñanza de Lacan?

Estos interrogantes indican por sí mismos que mi propósito no será el exponer la cuestión del *cogito* en Descartes, sino el de intentar ubicar ciertos puntos a nivel de su articulación en los *Escritos* y los Seminarios de J. Lacan.

## I. SITUACION DEL *COGITO* EN LA ENSEÑANZA DE LACAN

En 1957, en *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón según Freud*, encontramos la primera referencia de Lacan, no a Descartes, sino al momento inaugural del *cogito*.

En la manera en que está articulado el *cogito* en este texto, tenemos algo que es del orden de una constante: el *cogito* está siempre relacionado, en la enseñanza de Lacan, a la cuestión del sujeto. Volveremos más adelante sobre las diferentes modalidades de su articulación.

Además de *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón según Freud*, me apoyaré, para lo que concierne a la enseñanza de Lacan, en los siguientes textos y Seminarios:

- *El Seminario*, Libro XI, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Edit. Paidós, Buenos Aires, 1987.

- "Ciencia y verdad", en *Escritos 2*, Edit. Siglo XXI, Buenos Aires, 1965.

- *El Seminario*, Libro XIV, *Lógica del fantasma*, 1966-1967.

- *El Seminario*, Libro XV, *El Acto psicoanalítico*, 1967-1968.

- *Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela*, primera versión, oral, en *Ornicar?*, Publicación periódica del Campo Freudiano, Edic. Petrel, Barcelona -(sin fecha)- Segunda versión, escrita, en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Manantial, Buenos Aires, 1987.

- "*La equivocación del Sujeto supuesto Saber*", *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Editorial Manantial, 1987.

- *Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad*, en *De la psychanalyse dans ces rapports avec la réalité*, en *Silicet* nº 1, pág. 51-59,

Sobre el *cogito*, además de *El discurso del Método*, y las *Meditaciones Metafísicas*, me he remitido a los siguientes comentarios:

Guérout, Martial: *Descartes selon l'ordre des raisons*, Aubier.

Koyré, Alexandre: "Entretiens sur Descartes", en *Introduction à la lecture de Platon*, Gallimard, Les Essais, CVII<sup>2</sup>.

Derrida, Jacques: "*Cogito e historia de la locura*", en *La escritura y la diferencia*, "*Cogito et histoire de la folie*", en *L'écriture et la différence*, Seuil.

A través de estos textos, voy a dedicarme a exponer tres de los temas que constituyen los puntos de inserción del *cogito*, y de sus elaboraciones y revisiones sucesivas en la enseñanza de Lacan:

1. *Cogito y lugar del sujeto*
2. *El psicoanálisis y La ciencia*
3. *El pase y la cuestión de fin de análisis*

## II. FUNDAMENTO DE LA REFERENCIA LACANIANA AL *COGITO*

Debo reconocer que la referencia de Lacan al *cogito* de Descartes siempre me intrigó, ya que no percibía la relación existente entre el *sujeto* pleno, suturado, sustancial e idéntico a sí mismo del idealismo filosófico y el sujeto del inconsciente, que es dividido, lacunar, insustancial, puntual y evanescente. La pregunta que me formulé es la siguiente: ¿Existe en la obra de Freud algo que autorice esta aproximación, que fundamente esta referencia al *cogito*? Si bien en Freud encontramos enunciados que, de ser tomados seriamente, permiten esta puesta en relación, la función de la referencia es producto de una elaboración de Lacan. Lo que es totalmente ubicable en Freud, es el término de “pensamientos” con el cual él connota los “contenidos” del inconsciente, ya sea en la *Traumdeutung*, (a propósito del deseo inconsciente, *Wunsch*, o de los pensamientos del sueño), o en la *Metapsicología*.

Es a partir de ese término de “pensamientos” que Lacan articula, en *El Seminario*, Libro XI, *cogito* e inconsciente: “Cuando Freud comprendió que era en el campo del sueño que debía encontrar confirmación de aquello que le había enseñado su experiencia con la histérica, y comenzó a avanzar con una audacia verdaderamente sin precedentes, ¿qué fue entonces lo que nos dijo del inconsciente? Afirmó que está constituido esencialmente, no por lo que la conciencia puede evocar, explicitar, ubicar, sacar de lo subliminal, sino por aquello que le es negado a la conciencia. ¿Y qué nombre le da Freud a esto? El mismo que le da Descartes a lo que antes llamé su punto de apoyo: *Gedanken*, pensamientos.

Hay pensamientos en ese campo del más allá de la conciencia, y es imposible representarse esos pensamientos de otro modo que mediante la misma homología de determinación en que el sujeto del *yo pienso* se encuentra respecto de la articulación del *yo dudo*.

Descartes aprehende su *yo pienso* en la enunciación del *yo dudo*, no en su enunciado que aún acarrea todo ese saber que ha de ponerse en duda.”<sup>3</sup>

Una vez señalada esta articulación en torno del término “pensamientos”, la referencia de Lacan toma su verdadero fundamento de una distinción severa entre el sujeto de la metafísica de Descartes y el sujeto del *cogito*, que es el



sujeto implicado por la articulación significativa requerida por esta experiencia inaugural, el residuo "puntual y evanescente" de la operación de vaciamiento de las representaciones que impone la experiencia cartesiana del *cogito*.

De este sujeto vaciado y de la operación que lo produce, aprendemos mucho deteniéndonos en estas líneas de Alexandre Koyré: "El hombre necesita una vez en su vida (y sin duda la humanidad también lo necesita, y más de una vez), deshacerse de *todas* sus ideas anteriores y recibidas, destruir en sí *todas* sus creencias y todas sus opiniones, para someterlas a *todas* al control y al juicio de la razón.

Deshacerse de sus ideas, destruir en sí sus creencias: ¿no es también *liberarse de ellas*? Y someterlas al juicio de la razón, ¿no es afirmar, implícitamente, la soberanía absoluta -y la libertad, no menos absoluta- de ésta?

Entonces, he aquí el método y el remedio cartesianos. El método, es decir la vía que conduce a la verdad. Y el remedio que nos cura de la indecisión y de la duda.

Es necesario deshacerse de *todas* las ideas, de *todas* las tradiciones, de *todas* las autoridades si se quiere encontrar para siempre la pureza originaria de nuestra razón, acceder a la certidumbre de la verdad. En efecto, el escéptico -quiero decir: Montaigne-, tiene razón en dudar, puesto que se encuentra frente a opiniones inciertas, dudosas, e incluso falsas. Es posible que a veces se equivoque; que entre las cosas de las cuales duda se encuentren, igualmente algunas verdaderas. Pero ¿cómo podría él saberlo, cómo se podría? Se debería poderlas juzgar, es decir discernir *lo verdadero y lo falso*. ¿Y cómo se lo podría hacer, con la certeza de no equivocarse, en tanto se guarde en el espíritu una idea u opinión cualquiera que, no estando aún probada, podría muy bien ser falsa y así viciar el juicio?

No hay más que un medio para salir de esto: es el de vaciar completamente el espíritu. Como Descartes le dirá un día al Padre Bourdin: "Si Ud. tiene una canasta de papas, de las cuales muchas estuvieran podridas y en consecuencia, envenenaran el resto, ¿de qué otra forma hacerlo, sino vaciándola completamente, y tomando las papas una a una, para poner las buenas en su canasta y tirar a la basura las malas?..."

Observemos que la operación se desarrolla en dos tiempos: se comienza por vaciar la canasta: sin embargo no se la guarda vacía, puesto que allí se volverán a colocar las papas, justamente aquéllas que no están podridas.

Ahora bien, ¿cómo y por qué vamos a probarlas, a esas opiniones que habrá que rechazar o guardar, según ellas se ajusten o no "al nivel de la razón"? Pues justamente por esta misma razón, esta luz natural que, desembarazada ahora de todas las ideas que le hacían obstáculo, habrá reencontrado su

perfección natural, y será por ello mismo, capaz de discernir *lo verdadero y lo falso*.

¿Y cómo hacerlo? Esto es aún muy simple: dudamos de las ideas en las que podemos discernir algo de confuso y de oscuro. Inversamente, las ideas que podamos poner en duda contendrán ciertamente algo de confuso y de oscuro. También las probaremos por la duda. Es la duda misma la que será nuestra piedra de toque: toda idea sobre la cual este ácido disolvente pueda morder, se confirmará por lo mismo, idea falsa, o por lo menos de una naturaleza o de un valor inferiores. Papa podrida. La arrojo entonces afuera, no conservando más que aquéllas que se presentaran tan claramente y tan distintamente en mi espíritu que no tuviera ninguna ocasión de ponerlas en duda”.

La duda es la piedra de toque de la verdad; el ácido que disuelve los errores. Debemos entonces establecerla tan fuertemente como sea posible, y dudar de todo, y en todo lugar en que esto pueda hacerse. Sólo así tendremos la seguridad de no guardar más que el oro puro de la verdad.

El escéptico será vencido por sus propias armas. Duda... ¡Y bien! Le enseñaremos a dudar. Nuestra duda no será un estado -estado de una incertidumbre indolente-, será una acción, un acto libre, voluntario y que llevaremos al extremo. Duda-estado, duda-acción: la ruptura es profunda. Y la victoria -en principio- ya está decidida. Puesto que a la duda, el escéptico y Montaigne la *padecen*. En cambio, Descartes la ejerce. *Ejerciéndola libremente*, se ha vuelto su amo. Y es por allí por donde se ha liberado de ella. Poseyendo un criterio, un nivel. “una regla” (que Montaigne no tenía), podrá distinguir -discernir lo verdadero y lo falso,- es decir, un juicio y una elección.”<sup>4</sup>

El sujeto del *cogito*, en tanto residuo de la operación de vaciado de las representaciones, es entonces la canasta de papas, pero ¡vacía!

### III. ACERCA DE ALGUNAS ARTICULACIONES DEL *COGITO* EN LA ENSEÑANZA DE LACAN

#### 1.- *Cogito* y lugar del sujeto

En *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón según Freud*, es inmediatamente después del desarrollo de las fórmulas de las leyes del lenguaje (metáfora y metonimia), que Lacan hace intervenir el *cogito* de Descartes para introducir la cuestión de la función del sujeto. Es notable



que, anteriormente, Lacan había ubicado en el lugar del significado "provisoriamente", escribe, el lugar del sujeto, en el algoritmo S/s que atribuye a Saussure. Pues bien, después de la transformación que Lacan hace sufrir a este algoritmo, el significado pierde sus privilegios: deviene, como *efecto* de significante, un *supuesto*, un término puesto bajo la barra de resistencia a la significación. Es decir que no podría desde entonces ser más que un elemento determinado y jamás determinante. "Pienso, luego existo (*cogito ergo sum*), no es solamente la fórmula donde se constituye, con el apogeo histórico de una reflexión sobre las condiciones de la ciencia, el nexo con la transparencia del sujeto trascendental de su afirmación existencial.

Acaso no sea yo más que objeto y mecanismo (y por lo tanto nada más que fenómeno), pero seguramente en tanto que lo pienso, existo -absolutamente. Sin duda los filósofos habían aportado allí importantes correcciones, y especialmente que en aquello que piensa (*cogitans*), no hago nunca otra cosa que constituirme en objeto (*cogitatum*). Queda decir que a través de esta depuración extrema del sujeto trascendental, mi ligazón existencial a su proyecto parece irrefutable, al menos bajo la forma de su actualidad, y que:

"*cogito ergo sum*" "ubi cogito, ibi sum, supera la objeción." <sup>5</sup>

Lacan introduce entonces, de entrada, un punto de vista tópico en el *cogito* cartesiano. De hecho, lo modifica; no es solamente: "pienso luego existo", ya que le adjunta un *ubi cogito ibi sum*, "allá donde yo pienso, aquí yo existo". Para decirlo de otro modo, contra la objeción mencionada más arriba ("...Acaso no sea yo más que objeto y mecanismo..."), Lacan postula que hay un punto inferible del *cogito*, donde pienso y soy. Si se dibujara este punto sobre los círculos de Euler, se obtendría esto:



Esta tópica del *cogito* está entonces representada por la intersección del ser y del pensar: "pienso, existo", descuidando el valor consecutivo del luego (*ergo*). Allí estamos en presencia de una identidad del ser y del pensar que supone un sujeto idéntico a sí mismo, al menos en un punto. Una de las críticas que Lacan formula contra el *cogito* es que Descartes deduce que el



sujeto existe sólo del hecho de que piensa: "(...) pero omite que pensar es una operación lógica, por la cual no se llega de ningún modo a purificar los términos, sólo por haber evacuado de ellos toda idea de saber. Elide que lo que es, como sujeto, es lo que piensa -abran las comillas-: luego existo. Pero ocurre que eso piensa allí donde es imposible que el sujeto articule ese "luego soy", porque allí está excluido estructuralmente que acceda a lo que, desde Descartes, ha devenido su estatuto bajo el término de "conciencia de sí". ¿Cuál es el estatuto del sujeto, allí donde eso piensa saber? No sólo lo que eso piensa, sino aún que eso piensa, entiendan: ¡sin poder jamás saberlo! Lo que esto sugiere a todo el mundo, es que allí eso es, aún con más fuerza, a condición de que algún.....se ha hecho desde Freud, ya que eso es el inconsciente ¡todo el mundo está muy contento de ello! Sólo hay una cosa que no marcha, es que eso no puede decir de alguna manera: "luego yo existo", es decir, nombrarse como siendo el que habla".<sup>6</sup>

Lo que interesa a Lacan en el *cogito* de Descartes, es, entre otras, esta noción de sujeto que se puede deducir de allí. Esta categoría de sujeto constituye a los ojos de Lacan la piedra angular de toda elaboración científica: "(...) la noción de sujeto", escribe, "es indispensable al mantenimiento de una ciencia como la estrategia en el sentido moderno, cuyos cálculos excluyen todo subjetivismo". Eludirla, es también prohibirse el acceso a lo que puede llamarse el universo de Freud, como se dice el universo de Copérnico. En efecto, es a la revolución copernicana que Freud mismo comparaba su descubrimiento subrayando que allí estaba en juego una vez más el lugar que el hombre se asigna como centro del universo.<sup>7</sup>

Una vez relacionado al inconsciente en tanto que Freud designa sus elementos constitutivos con el término de pensamientos, el *cogito* es subvertido por Lacan en un: "yo no soy, allá donde soy el juguete de mi pensamiento; pienso en lo que soy, allá donde no pienso pensar."<sup>8</sup>

Esta subversión es requerida según Lacan dado que "(...) el *cogito* filosófico está en el origen de este espejismo que hace al hombre moderno tan seguro de ser él mismo, en sus incertidumbres sobre sí mismo, incluso a través de la desconfianza que ha podido aprender desde hace mucho tiempo a practicar en cuanto a las trampas del amor propio."<sup>9</sup>

## 2.- El psicoanálisis y La ciencia

En *El Seminario*. Libro XI y en *La ciencia y la verdad*, la reelaboración de Lacan del *cogito* cartesiano gira alrededor de la cuestión del *sujeto de la*

ciencia. Su punto de partida, que era reflexionar sobre las condiciones de la cientificidad del psicoanálisis (partiendo de la pregunta: el psicoanálisis ¿es una ciencia? para llegar a: ¿qué es una ciencia que incluya el psicoanálisis?) lo condujo a las dos proposiciones siguientes:

- *la experiencia del cogito inaugura el fundamento del sujeto de La ciencia en tanto sujeto de la certeza;*

- *el sujeto sobre el cual se opera en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia.*

Lo que hace obstáculo, en primer lugar, es esta noción de *sujeto de la ciencia* en tanto es paradójica y ambigua; paradójica, porque introduce el término *sujeto* allí donde, comúnmente en la cultura -y especialmente en el discurso de la epistemología- se trata del *objeto*<sup>10</sup>; ambigua, ya que la expresión *sujeto de la ciencia* puede entenderse en el doble sentido de “sabio de la ciencia moderna”<sup>11</sup>, hombre de ciencia, *agente* del discurso de la ciencia o de “hombre de la ciencia”, sujeto de la civilización científica, es decir, *sujetado* al discurso de la ciencia. Primera dificultad.

La segunda dificultad es que cuando Lacan habla de La ciencia pone el acento sobre La y no sobre el término ciencia. “La ciencia, dice, en la que estamos atrapados, que forma el contexto de la acción de todos nosotros en el tiempo en que vivimos, y a la cual no puede escapar el psicoanalista mismo porque forma parte, para él también, de sus condiciones, es La ciencia, aquélla.”<sup>12</sup>

Lacan sitúa esta La ciencia, a la cual llama también “ciencia moderna”, a partir de Newton, como A. Koyré<sup>13</sup>. Se distingue de su ciencia lindante, la ciencia antigua -sobre la que se discute en el *Teeteto*- en que está considerada como aquella en la que Dios no tiene nada que ver. Al partir de un rechazo de la verdad fuera de la dialéctica del sujeto y del saber, es decir, en un Otro no engañador, esta ciencia implica “que podemos permitirnos todo como hipótesis de verdad”. Lo que es la consecuencia estrictamente determinada de esto: al descargarse sobre el Otro en todo lo que se refiere a la garantía y a la seguridad de la verdad, se “instituye un saber que no tiene ya que preocuparse por sus fundamentos de verdad.”<sup>14</sup>. Desde entonces, el saber, a partir de Descartes, “el de la ciencia, se constituye sobre el modo de producción del saber.”<sup>15</sup>

Esta ciencia moderna constituye un acontecimiento. Su advenimiento determina un sujeto, el sujeto de la ciencia, y no un hombre de la ciencia que no existe<sup>16</sup>. “El sujeto en cuestión sigue siendo el correlato de la ciencia, pero un correlato antinómico dado que la ciencia se revela como definida



por la sin-salida para suturarlo.”<sup>17</sup> Hablar de un esfuerzo por suturar el sujeto de la ciencia, ¿no es proponerlo como sujeto dividido? Se plantea entonces una pregunta: ¿cuál es, estructuralmente, la diferencia entre la división constituyente del sujeto de la ciencia y la división del sujeto experimentada al término del proceso analítico?

Otra cuestión: ¿cómo situar el psicoanálisis en relación a La ciencia? Lo que es puesto en evidencia por Lacan, es que el *cogito* está en el fundamento de la ciencia moderna, es su momento históricamente inaugural. La ciencia así fundada tiene un correlato: el sujeto de la ciencia. Este sujeto de la ciencia cuya realización depende del surgimiento de la ciencia, es el sujeto sobre el cual se opera en psicoanálisis: “Decir que el sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia, puede pasar por paradoja. Es sin embargo allí donde debe establecerse una demarcación, a falta de lo cual todo se mezcla y comienza una deshonestidad que se llama en otra parte objetiva, pero es falta de audacia y falta de haber localizado el objeto que falla.”<sup>18</sup>

De este sujeto de la ciencia en tanto es el sujeto sobre el cual se opera en psicoanálisis, Lacan señala:

- 1) *que es el correlato esencial de la ciencia;*
- 2) *que es un sujeto no suturado, pero calculable, reductible a una matriz de combinaciones significantes;*
- 3) *que hay que distinguirlo del “sujeto que habla”<sup>19</sup>;*
- 4) *que es el sujeto -con exclusión de cualquier otro- implicado por la praxis analítica puesto “que en ella un único sujeto se admite como tal, el que puede hacerla científica.”<sup>20</sup>*

Lo que se revela así es que al operar sobre el sujeto de la ciencia el psicoanálisis no podía constituirse -no pudiendo recibir en su discurso su correlato, el sujeto que implican- sobre la base del discurso de la magia o el de la religión. Así, el psicoanálisis hay que referirlo a La ciencia -en tanto ésta ha introducido una modificación radical en nuestra posición de sujeto- como a su condición de posibilidad y a su determinación constituyente: “Es impensable, escribe Lacan, que el psicoanálisis como práctica, que el inconsciente, el de Freud, como descubrimiento, hubiesen tomado su lugar antes del nacimiento, en el siglo que se llamó el siglo del genio, el XVII, de la ciencia, tomando esto en el sentido absoluto (...) sentido que no borra sin duda lo que se instituyó sobre este mismo nombre anteriormente, pero más que encontrar allí su arcaísmo, tira del hilo hacia sí de una manera que muestra mejor su diferencia de cualquier otro.”<sup>21</sup> O aun: “Me atrevo a enunciar



como una verdad que el campo freudiano no era posible sino un cierto tiempo después del surgimiento del sujeto cartesiano en tanto la ciencia moderna no comienza sino después de que Descartes hizo su paso inaugural.”<sup>22</sup>

Esta dependencia del psicoanálisis en relación a La ciencia es necesaria y fundamental. Lacan señala con fuerza que no se trata de una relación contingente o accidental: “No apuntamos, al decir esto del psicoanálisis y del descubrimiento de Freud, a este accidente, de que haya sido porque sus pacientes fueron a él en nombre de la ciencia y del prestigio que ella confiere a fines del siglo XIX a sus servidores, aun de grado inferior, que Freud logró fundar el psicoanálisis, al descubrir el inconsciente.

Decimos, contrariamente a lo que se teje sobre una pretendida ruptura de Freud con el cientificismo de su tiempo, que es este cientificismo mismo si se quiere designarlo en su fidelidad a los ideales de un Brücke (...) el que condujo a Freud, como sus escritos nos lo demuestran, a abrir la vía que lleva para siempre su nombre.

Decimos que esta vía no se desprendió nunca de los ideales de este cientificismo, ya que se lo llama así, y que la marca que ella lleva de él no es contingente sino sigue siéndole esencial. Es por esa marca que conserva su crédito, a pesar de las desviaciones a las cuales se ha prestado, y esto en tanto Freud se opuso a esas desviaciones, y siempre con una seguridad pronta y un rigor inflexible.

Prueba de ello su ruptura con su adepto más prestigioso, Jung concretamente, en cuanto se deslizó hacia algo cuya función no puede definirse de otra manera que intentar restaurar allí un sujeto dotado de profundidades, este último término en plural, lo que quiere decir un sujeto compuesto de una relación al saber, llamada arquetípica, que no fuera reducida a la que le permite la ciencia moderna que excluye cualquier otra relación, la cual no es más que la relación que definimos el año pasado como puntual y evanescente, esa relación al saber que de su momento históricamente inaugural conserva el nombre de *cogito*.”<sup>23</sup>

De esta relación, necesaria y determinante, del psicoanálisis a la ciencia, se pueden extraer al menos dos consecuencias:

- *la primera, es la historicidad del psicoanálisis en tanto el sujeto cartesiano y La ciencia de la cual es el correlato están históricamente determinados y no son sin relación con el advenimiento del capitalismo*<sup>24</sup>:

- *la segunda, es la no universalidad de derecho del psicoanálisis, lo cual no quiere decir otra cosa que: su universalización es dependiente de la del discurso de la ciencia -lo cual no quiere decir forzosamente, me parece, del capitalismo.*

Terminaré diciendo que este término de *sujeto de la ciencia* hay que entenderlo en el sentido estricto de sujeto correlativo de La ciencia, de sujeto co-extensivo al advenimiento de la ciencia, es decir al único sujeto que hace posible La ciencia en tanto "pensamiento que calcula, verifica, experimenta, con exclusión de la percepción, de la conciencia y de todos los modos del sentimiento."<sup>25</sup> Se percibe hasta qué punto se trata en esta noción de *sujeto de la ciencia*, más de una *posición* del sujeto como tal que de una sustancia o de un atributo de éste. Sujeto desubjetivado entonces, vaciado de todas sus representaciones, reducido al puro sujeto que supone la articulación significativa, es decir equivalente de hecho a un significante en menos (\$). Nada sorprendente cuando se sabe que para Lacan, "La ciencia, la única aun a ex-sistir", es "La física."<sup>26</sup>

### 3. La cuestión del pase y la teoría del fin de análisis

El *cogito* se encuentra también a partir de 1966-67 en el centro de la elaboración de Lacan de su "teoría" del pase y del fin de análisis. El pase es introducido por Lacan, en su enseñanza, como una subversión, una modificación del *cogito* cartesiano. El punto de partida es que el *cogito* en tanto supone un sujeto sustancial idéntico a sí mismo es lo contrario del psicoanálisis: "Este *cogito* cartesiano, no hace falta señalar que no lo elegí al azar, es porque se presenta como una contradicción radical al estatuto del inconsciente que tantos debates han girado alrededor del estatuto fundamental de la conciencia de sí. Pero si se encontrara después de todo que este *cogito* se presenta como el mejor reverso del pretendido estatuto del inconsciente, habría quizá allí algo ganado, como podemos presumir que no es inverosímil que pudiera incluso concebirse. No es una formulación, sino un descubrimiento de lo que es el inconsciente antes del advenimiento, antes de la inauguración del sujeto del inconsciente, en tanto que sujeto co-extensivo del advenimiento de la ciencia."<sup>27</sup> En tanto experiencias entonces, *cogito* y psicoanálisis son estrictamente contradictorios.

Si tomamos como punto de partida el primer esquema del *cogito* que lo sitúa en la intersección del ser y del pensamiento, si lo negamos, en sentido lógico, obtenemos de una y otra parte dos zonas blancas. Planteando el *cogito* en el centro, como *pensêtre*, como *identidad* del pensamiento y del ser, la zona blanca (no sombreada) a la izquierda es lo que de este conjunto soy (ETRE) no es el pensamiento: lo que da un *no pienso*.



Efectuando el mismo razonamiento sobre la figura de la derecha obtenemos un *no soy*.

El pase, como operación -a distinguir del *momento del pase* y del *dispositivo del pase*, se juega entre el *no pienso* y el *no soy*.

La operación del pase está estructurada a partir del inverso del *cogito* según el principio lógico que permite pasar de la intersección a la reunión que lo complementa por el principio de dualidad de De Morgan que Lacan comenta y emplea en su lección del 11 de enero de 1967 (*El Seminario*, XIV, *Lógica del fantasma*). Es preciso recordar aquí la equivalencia que Lacan establece entre la alienación y la reunión por una parte y la *intersección* y la *separación* por otra parte.

Este principio es el siguiente: el complemento de la intersección es la reunión de las dos negaciones de esta intersección. Lo que escribe la segunda rama de la fórmula de De Morgan:

$$\overline{A \cap B} = \overline{A} \cup \overline{B}$$

La no reunión de A y B equivale a la intersección de no-A y no-B.

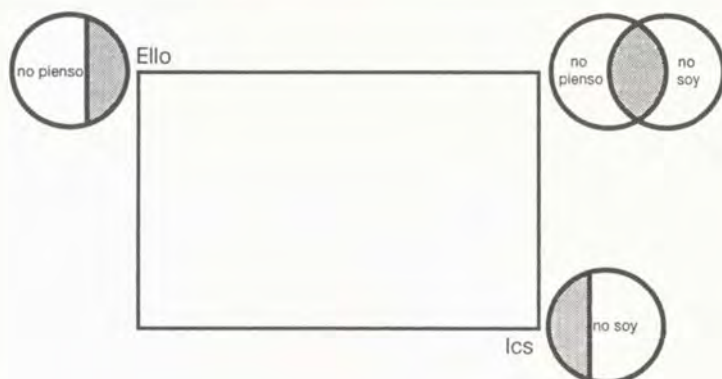
Dicho de otra manera, para el caso que nos ocupa: el complemento de la zona sombreada es la reunión de las dos zonas blancas: *No pienso* y *no soy*. En un segundo tiempo, Lacan pone en disyunción el *no pienso* y el *no soy*. Obtiene así por una parte un *no pienso* con un complemento a nombrar y por otra un *no soy* con un complemento a nombrar.

Plantea el *no soy* como la fórmula esencial del inconsciente, ya que "todo está permitido al inconsciente salvo articular: 'luego soy' <sup>28</sup>. O más aún: "Si Uds. siguen mi articulación del no soy, es importante captar que está allí lo esencial de aquello de que se trata en el inconsciente." <sup>29</sup>Por otro lado, está el *no pienso*. Este *no pienso*, dice Lacan, es esencial, "es allí donde tenemos que cuestionamos sobre lo que resulta de la pérdida resultante de la elección." <sup>30</sup>

Lacan conecta el *no pienso* al Ello y el *no soy* al inconsciente. Esto no es evidentemente comprensible sino a condición de plantear con Lacan que el Ello no es el inconsciente, lo pulsional no es el significativo, la gramática no es la lógica.



Representado sobre el cuadrángulo propuesto por Lacan en la *Lógica del fantasma*, obtenemos esto:



Lacan va a formular por último el fin de análisis como el recubrimiento de estas dos superficies, de tal manera que el *no soy* encuentra su valor en el *soy eso* que permite la emergencia del objeto 'a' por un lado, en la positivación del *no soy* al *soy eso* del objeto 'a', mientras que a la inversa el *no pienso* se une al inconsciente: no pienso la relación sexual (-φ).

"Lo que se concluye de esta operación en cuarto término (a situar en el ángulo izquierdo inferior) es que el *no pienso*, en tanto correlato del Ello, está llamado a ponerse en conjunción ulteriormente con el *no soy* en tanto correlato del inconsciente, pero con la condición expresa de eclipsarse y de ocultarse uno y otro recubriéndose.

Por ejemplo, en el lugar del *yo no soy* donde el Ello va a venir, el *yo* va a ser positivado en un *soy eso* lo que nos acerca al imperativo *Wo es war, soll Ich werden*, donde el yo no está llamado justamente a desalojar el Ello, sino, si me permiten este equívoco, a alojarse en su lógica, o lo que es la verdad de la estructura, a confrontarse con el 'a'.

Inversamente, el inconsciente, en su esencia poética de *Bedeutung*, puede venir al lugar del *no pienso*, correlativo del Ello, para revelarnos lo que está tocado por no sé cuál caducidad en el pensamiento, a saber la incapacidad de toda *Bedeutung* para recubrir lo que es del sexo. La diferencia de los sexos no se soporta en efecto sino por la *Bedeutung* de algo que falta bajo el aspecto del falo."<sup>31</sup>

Hay entonces funcionamiento, en quiasma por un lado, y por otro lado, dos revelaciones distintas, pero de igual estructura: el *no pienso eso* soportado

por el objeto 'a' y el *no soy* del inconsciente soportado por el (-φ) de la función de la castración.

En la primera versión de la *Proposición de octubre*, Lacan brinda la articulación más clara de esta pregunta: "¿Qué es lo que llega a ser dado a saber en el fin de análisis? En su deseo, el psicoanalizante puede saber lo que es. Pura falta en tanto (-φ), es por medio de la castración cualquiera sea su sexo, que encuentra el lugar en la relación llamada genital. Puro objeto en tanto 'a', obtura la hiancia esencial que se abre en el acto sexual, por funciones que calificaremos de pregenitales. Esta falta y este objeto, demuestro que tienen igual estructura. Esta estructura no puede ser sino relación al sujeto, en el sentido admitido por el inconsciente. Es ella la que condiciona la división del sujeto.

Su participación en lo imaginario (de esta falta y de este objeto) es lo que permite al espejismo del deseo establecerse sobre el juego percibido de la relación de causación por la cual el objeto 'a' divide el sujeto (d → (\$φa)). Pero Uds. mismos se dan cuenta lo que es aquél que he llamado más arriba psicoanalizante. Si digo que él es esta causa de su división, es en tanto devino este significante que supone el sujeto del saber. No hay sino él que no sepa que es el *agalma* del proceso analítico (¿Cómo no reconocerlo cuando es Alcibfades!) ni a qué otro significante desconocido (¿y cuán nulo comúnmente!) se dirige su significación de sujeto. La significación de sujeto no va más allá del advenimiento del deseo, fin aparente del psicoanálisis, sino que queda allí la diferencia del significante al significado que va a caer (bajo la forma de (-φ) del objeto 'a' entre él y el psicoanalizante ya que éste va a reducirse a cualquier significante).

Por eso digo que es en este (-φ) o este 'a' que aparece su ser. El ser del *agalma*, del sujeto supuesto saber, consuma el proceso del psicoanalizante en una destitución subjetiva." <sup>32</sup>

Concluiré diciendo que lo que se comprueba al término de este recorrido, es que hay una diversidad y una unidad de las referencias al *cogito* cartesiano en la enseñanza de Lacan. La diversidad de las cuestiones a cuya resolución el *cogito* está asociado demuestra, por así decirlo, su función y su estatuto de *organon* en esa enseñanza. Pero más allá de esta diversidad temática, se revela una profunda unidad. En efecto, en tanto que referencia transversal de la enseñanza de Lacan, el *cogito* plantea esencialmente la cuestión del sujeto en tanto *efecto* (y no *producto* o *resultado*) de la articulación significativa.

(...)

## NOTAS

1. A estos textos fundamentales, sería necesario agregar las reseñas del Seminario *Logique du fantasme*, redactados por Jacques Nassif y los diversos artículos de J.A. Miller sobre el pase publicados en *Delenda, Quarto* y *La Lettre Mensuelle de L' Ecole de la Cause Freudienne*.
2. Es, en mi opinión, el más "lacaniano" de los comentarios de Descartes, en el sentido en que se puede decir por ejemplo que Blanchot, Klossowski y Duras son los más lacanianos de los escritores franceses modernos. En efecto, el mayor interés de este texto, del que no sería sorprendente que hubiera sido conocido por Lacan mucho tiempo antes de su publicación que ocurrió recién en 1963 mientras que las conferencias que él retomó fueron pronunciadas en 1937 en el Cairo y en 1944 en Nueva York, es que la obra de Descartes es allí considerada más desde el punto de vista de la historia del pensamiento científico que desde el punto de vista metafísico. También, su lectura aclara de manera sorprendente ciertas tesis de Lacan sobre la ciencia moderna y su sujeto, que podrían parecer sibilinas.
3. Lacan (J.), *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1991, p. 51.
4. Koyré (A.), "Entretiens sur Descartes", en *Introduction à la lecture de Platon*, Gallimard, N.F.R., Paris, 1963, Coll. Les Essais, p. 193-196.
5. Lacan (J.), *Escritos I, Siglo XXI*, Bs. As., 1985, p. 496.
6. Lacan (J.), "Entrevista de Jacques Lacan del 14 de diciembre 1966", RTB III, en *Quarto*, 1982, Vol. VII, p. 8-9.
7. Lacan (J.), *Escritos I*, op. cit., p.496.
8. Lacan (J.), *Escritos I*, op. cit., p.497.
9. Lacan (J.), *Escritos I*, op. cit., p.497.
10. Incluso Lacan en su examen de las condiciones de científicidad se dedicó al principio a esta cuestión del objeto: "Lo específico de una ciencia", dice él, "es tener un objeto. Puede sostenerse que una ciencia se especifica por un objeto definido, al menos, por cierto nivel operativo, reproducible al que se llama *experiencia*. Pero hay que ser muy prudentes, porque este objeto cambia, y de manera singular, en el curso de la evolución de una ciencia", en *El Seminario, Libro 11.*, op. cit., p. 16.
11. Lacan (J.), *El Seminario, Libro 11., Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, op. cit., p.16.
12. Lacan (J.), *El Seminario, Libro 11., Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, op. cit., p.239.
13. Cf. Koyré (A.), *Etudes newtoniennes*, Paris, Gallimard, 1968, Coll. *Bibliothèque des Idées*, p.353.
14. Lacan (J.), *El Seminario, Libro 12, Problemas cruciales para el psicoanálisis*, clase del 19 de junio de 1965.



15. Lacan (J.), *El Seminario, Libro 12*, op. cit., clase del 19 de junio de 1965.
16. "No hay ciencia del hombre, porque el hombre de la ciencia no existe, sino solamente su sujeto", "La ciencia y la verdad", en *Escritos 2, Siglo XXI*, Bs. As., 1985, p. 838.
17. Lacan (J.), "La ciencia y la verdad", en *Escritos 2*, op. cit., p. 840.
18. Lacan (J.), "La ciencia y la verdad", en *Escritos 2*, op. cit., p. 837.
19. "El caso de la lingüística es más sutil, puesto que debe integrar la diferencia del enunciado y la enunciación, lo cual es ciertamente la incidencia esta vez del *sujeto que habla*, en tanto que tal. (y no del sujeto de la ciencia)". "La ciencia y la verdad", en *Escritos 2*, op. cit., p. 839.
20. Lacan (J.), "La ciencia y la verdad", en *Escritos 2*, op. cit., p. 838.
21. Lacan (J.), "La ciencia y la verdad", en *Escritos 2*, op. cit., p. 835.
22. Lacan (J.), *El Seminario, Libro 11*, op. cit., pág. 55.
23. Lacan (J.), "La ciencia y la verdad", en *Escritos 2*, op. cit., p. 837.
24. "La marcha de Descartes no se sostiene un instante sin esta enorme acumulación de debates que ha seguido el saber, un saber siempre ligado, atado de pies y manos al hecho crítico de que su punto de partida, en ese saber, está ligado a las posibilidades de constituir la verdad. Yo llamaría a este saber anterior a Descartes, un estado "pre-acumulativo" del saber; a partir de Descartes el saber, el de la ciencia, se constituye sobre el modo de producción del saber.  
Lo mismo que una etapa esencial de nuestra estructura que se llama "social", pero que es metafísica: el capitalismo, la acumulación de capital es la relación del sujeto cartesiano a ese ser que allí se afirma, que está fundada sobre la acumulación del saber". *El Seminario, Libro 12*, op. cit., clase del 10 de junio de 1965.
25. Miller (J.A.), "Acción de la estructura", en *Matemas I*, Manantial, Bs. As., 1987.
26. Lacan (J.), "Televisión", en *Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1977, p. 126.
27. Lacan (J.), *El Seminario, Libro 14, Lógica del fantasma*, clase del 14 de diciembre de 1966.
28. Lacan (J.), *El Seminario, Libro 14, Lógica del fantasma*, clase del 21 de diciembre de 1966.
29. Lacan (J.), *El Seminario, Libro 14, Lógica del fantasma*, clase del 11 de enero de 1967.
30. Lacan (J.), *El Seminario, Libro 14, Lógica del fantasma*, clase del 11 de enero de 1967.
31. Lacan (J.), *El Seminario, Libro 14, Lógica del fantasma*, transcripción de Jacques Nassif, publicada en *Lettres de E.P.F.* N° 1, II, III, IV, V, clase del 11 de enero de 1967.
32. Lacan (J.), "Proposición del 9 de octubre 1967", primera versión, *Ornicar I*, Publicación periódica del *Champ Freudien*, Ediciones Petrel, Barcelona, p. 21-22.

## Rondels

### Stéphan Mallarmé

*En la clase del 8 de diciembre de 1971, de "El seminario 19, ...ou pire", Lacan define aquello que ha elidido en los puntos suspensivos del título de dicho seminario:*

*"¿Qué ocupa entonces este lugar vacío en el título que he producido para retenerlos? He dicho: forzosamente un verbo, ya que hay un adverbio. Sólo que es un verbo elidido por los tres puntos. Y eso, en el lenguaje, a partir del momento en que se le interroga en lógica, es lo único que no puede hacerse. El verbo en la ocasión, no es difícil de encontrar, basta hacer bascular la letra con que comienza la palabra "pire", eso hace "dire". Sólo que, como en lógica, el verbo es precisamente el único término con el que ustedes no pueden hacer lugar vacío porque cuando a partir de una preposición, ustedes intentan hacer de ella una función, es el verbo lo que hace función y es de lo que lo rodea que pueden hacer argumento, al vaciar ese verbo entonces hago de esto argumento, es decir cierta sustancia, no es "dire", es "le dire".*

*...ou pire, en castellano: ...o peor, se relaciona con los efectos de la lógica de la castración en el acto del decir, de modo tal que, si como seres parlantes no hay relación sexual, como sujetos no podemos decir sino peor. Los tres puntos quedan en el lugar de dire, decir que queda elidido. Sería: dire ou pire; decir o peor, en su lugar Lacan coloca puntos suspensivos para reivindicar el lugar vacío.*

*Es posible que en este seminario, Lacan aluda al poema de Stéphan Mallarmé, "Rondels".*

*"Referencias..." reproduce la versión original francesa y una traducción al castellano acompañada por algunas notas, gentilmente realizada por Gerardo Arenas para*

*esta publicación. Su traducción, no realizada en función del sentido poético sino del gramatical (le dire: el decir) destaca las apariciones de pire y le dire.*

*Mallarmé, Stéphan (1842-1898). Versión francesa de "Rondels" en Poesía. Texto bilingüe. Versión de Federico Gadea. Barcelona, Edit. Plaza y Janés S.A., 1982, pág. 114. Versión en castellano y notas: Gerardo Arenas.*



## RONDELS <sup>1</sup>

Rien au reveil que vous n'ayez  
Envisagé de quelque moue  
Pire si le rire secoue  
Votre aile sur les oreilles.

Indifféremment sommeillez  
Sans crainte qu'une haleine avoue  
Rien au reveil que vous n'ayez  
Envisagé de quelque moue.

Tous les rêves émerveillés  
Quand cette beauté les dejoue  
Ne produisent fleur sur la joue  
Dans l'oeil diamants impayés  
Rien au reveil que vous n'ayez.

Si tu veux nous nous aimerons  
Avec tes lèvres sans le dire  
Cette rose ne l'interromps  
Qu'a verser un silence pire.

Jamais de chants ne lancent prompts  
Le scintillement du sourire  
Si tu veux nous nous aimerons  
Avec tes lèvres sans le dire.

Muet muet entre les ronds  
Sylphe dans la pourpre d'empire  
Un baiser flambant se déchire  
Jusqu'aux pointes des ailerons  
Si tu veux nous nous aimerons.

## RONDELES

Nada al despertar que no hayas  
Considerado con una mueca  
Peor si la risa sacude  
Tu ala sobre las almohadas.

Indiferentemente dormitas  
Sin temor de que un aliento confiese  
¡Nada al despertar que no hayas  
Considerado con una mueca.

Todos los sueños maravillados  
Cuando esta belleza los frustra  
No producen flor en la mejilla  
En el ojo diamantes impagos  
Nada al despertar que no hayas.<sup>2</sup>

Si quieres nos amaremos  
Con tus labios sin el decir<sup>3-4</sup>  
Esta rosa no la interrumpas  
Sino para verter un silencio peor.

Jamás cantos lanzan raudos  
El centelleo de la sonrisa  
Si quieres nos amaremos  
Con tus labios sin el decir.

Mudo mudo entre los círculos  
Sífide en la púrpura de imperio  
Un beso ardiente se desgarras  
Hasta la punta de los alones  
Si quieres nos amaremos.

## NOTAS

1. El rondel es precisamente un tipo de composición en que algunas partes se repiten en distintas ubicaciones. S. Mallarmé aprovecha estos cambios de lugar para producir un efecto poético por el hecho mismo de que esta distinta ubicación cambia el sentido y lo enriquece. Así, por ejemplo se ve en el verso inicial (*Rien au réveil que vous n'ayez*) cuando se muda al tercer verso de la segunda estrofa o al quinto de la tercera. Por otra parte, el autor crea un clima de duermevela gracias a esta misma aparición de los mismos elementos repetidos en distintos lugares insistentemente, y el poema mismo se despliega en la dimensión del paso entre el sueño y la vigilia dejando en la penumbra la frontera, mostrando así, poéticamente, la ausencia de metalenguaje.

2. O "que no tengas".

3. O "sin decirlo".

4. Lacan habla exclusivamente de las denominadas "lógicas (o cálculos) de primer orden" entre las que se puede ubicar la de Frege. Por eso transforma *dire* (verbo) en *le dire* (verbo sustantivado) y le otorga, irónicamente, "cierta sustancia". Hay, por otra parte, lógicas de orden superior, en las que incluso los verbos pueden ser variables funcionales.



## Noches Aticas

### Aulo Gelio

En "Variantes de la cura tipo", apartado *Lo que el psicoanalista debe saber: ignorar lo que sabe*, Escritos I, Lacan pone de relieve "...el contraste entre los objetos propuestos al analista por su experiencia y la disciplina necesaria a su formación". En este contexto, menciona el libro de Theodor Reik, *Listening with the third ear*, del que dice: "Leyéndolo, no podrá dejar de reconocer en él un recurso desgraciadamente mal definido a la adivinación, si el empleo de este término recobra su virtud de evocar la ordalía jurídica que designa en su origen (Aulo Gelio: Noches Aticas, t. II, cap.IV) recordando que el destino humano depende de la elección de aquel que va a llevar a él la acusación de la palabra."

En "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", apartado III, *Las resonancias de la interpretación y el tiempo del sujeto en la técnica analítica*, hace hincapié nuevamente en el concepto de adivinación presentado por Aulo Gelio en las Noches Aticas. Esta vez, en relación al tema de la intervención del analista dice: "La fijación anticipada de un término, primera forma de intervención activa, inaugurada (proh pudor!) por Freud mismo, cualquiera que sea la seguridad adivinatoria (en el sentido propio del término) <sup>64</sup> de que pueda dar pruebas el analista siguiendo su ejemplo, dejará siempre al sujeto en la enajenación de su verdad." En la nota N° 64 a pie de página, encontramos parte del capítulo de Aulo Gelio citado por Lacan y que reproducimos a continuación en su totalidad.

Aulo Gelio (h. 125-h. 165). Noches Aticas. Tomo I, Libro Segundo, Cap. IV. Madrid, Librería de Perlado, Paez y C.A., 1921. Trad.: Don Francisco Navarro y Calvo.

## TOMO I, LIBRO SEGUNDO

### CAPITULO IV

*Por qué razón, según Gabio Basso, llaman adivinación a cierta clase de juicio: cómo explican otros esta palabra.*

Cuando se trata de averiguar en un proceso quién se encargará de la acusación y dos ó más personas piden que se las inscriba para este ministerio, el juicio por el cual nombra el tribunal al acusador se llama *adivinación*. En vano se ha investigado de dónde venía esta palabra. Gabio Basso, en el libro III de su tratado *Sobre el origen de las palabras*, dice que “este juicio se llama adivinación, porque el juez, en este caso, para saber qué sentencia debe dar, en cierto modo, se ve obligado a adivinar”. Esta explicación, tal como la presenta Gabio, no está bastante motivada, y hasta parece insuficiente; pero sin duda quiere decir, que se ha adoptado esta palabra de *adivinación* porque en las otras causas el juez se decide por el resultado de las actuaciones, la naturaleza de las pruebas, las declaraciones de los testigos; y que, cuando se trata de elegir un acusador, no tiene para decidirse más que razones muy débiles, y, en cierta manera, vese obligado a adivinar quién es el más apto para desempeñar este ministerio. Esta es la opinión de Basso. Según otros, esta palabra *adivinación* viene de que, siendo cosas correlativas acusador y acusado, no pudiendo subsistir la una sin la otra, y presentando la especie de causa de que aquí se trata acusado sin acusador, es necesario acudir a la adivinación para encontrar lo que no da la causa, lo que todavía deja desconocido, esto es, el acusador.

## Índice General de la Colección

### Referencias en la obra de Lacan 1

El Axioma de Monsieur Fenouillard *Christophe*. Hécuba *Eurípides*. Lo Bello *Martin Heidegger*. El asno de oro *Apuleyo*. Sistema del papa Pío VI *Marqués de Sade*. A Una Razón *Arthur Rimbaud*

### Referencias en la obra de Lacan 2

San Giorgio Combattente *Carpaccio*. La Cosa *Martin Heidegger*. Mimetismo y Psicastenia Legendaria *Roger Caillois*. Epístola a los Romanos *San Pablo*. Por medio de la ley... *Lutero*. Dafnis y Cloe (I) *Longo*. Booz Endormi *Victor Hugo*.

### Referencias en la obra de Lacan 3

Bacco *Caravaggio*. El sueño de Chuang-Tzu *Chuang-Tzu*. Laocoonte *Gothold Efraim Lessing*. Un rajá que se aburre *Alphonse Allais*. Pensamientos *Pascal*. Dafnis y Cloe (II) *Longo*. Los pequeños justos *Paul Eluard*.

### Referencias en la obra de Lacan 4

Teatro olímpico *Palladio*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*. La voluntad determinada *Martin Lutero*. Antes del nacimiento del sol *Friedrich Nietzsche*. El asesinato... *Thomas de Quincey*. Pater Noster *Jacques Prévert*.

### Referencias en la obra de Lacan 5

El bibliotecario *Arcimboldo*. La divina comedia *Dante Alighieri*. La Eneida *Virgilio*. El psicoanálisis y la estructura... *Daniel Lagache*. La pesca de la Ballena *Jacques Prévert*.

### Referencias en la obra de Lacan 6

Estampa japonesa *Harunisu*. El niño y los sortilegios *Colette*. El amor loco *André Breton*. Mito de Pandora *Hesíodo*. Noche oscura *San Juan de la Cruz*.

### Referencias en la obra de Lacan 7

El grito *Edvard Munch*. Temor, culpa y odio *Ernest Jones*. El libro de Mencio *Meng Tsé*. Ubú Rey *Alfred Jarry*. Acerca de las pasiones del amor *Pascal*. Odas *William Wordsworth*.

### Referencias en la obra de Lacan 8

Sobre Tiresias *Apolodoro*, *Hesíodo*. Diálogos de los muertos *Luciano de Samosata*. Las metamorfosis *Ovidio*. Las tetas de Tiresias *Guillaume Apollinaire*. El sermón del fuego *T.S. Eliot*.



#### Referencias en la obra de Lacan 9

El sueño de la razón... *Francisco de Goya*. Apólogo de las palabras heladas *François Rabelais*. Sobre las magnitudes negativas *Immanuel Kant*. Cuadros de viaje *Heinrich Heine*. El mito de Albertina *Marcel Proust*. Tres poemas *Guillaume de Poitiers*.

#### Referencias en la obra de Lacan 10

El encantador pudriéndose *Guillaume Apollinaire*.

#### Referencias en la obra de Lacan 11

El sacrificio de Isaac *Caravaggio*. La Mirada *Jean-Paul Sartre*. El tonel de las Danaides *Horacio*, *Ovidio* y otros. Acerca del Obispo John Wilkins *J. L. Borges*, *M. Pobers*. Apólogo de Menenio Agripa *Tito Livio*. La camisa del hombre contento *Italo Calvino*. Sobre la naturaleza de los dioses *Marco Tulio Cicerón*.

#### Referencias en la obra de Lacan 12

El rostro de Harpo Marx. El Oráculo de Delfos *Plutarco*, *Heráclito*. Teoría General de la Magia *M. Mauss*. Máximas y Sentencias *La Rochefoucauld*.

#### Referencias en la obra de Lacan 13

Santa Agata, Santa Lucía *Zurbarán*. La Fábula de las Abejas *Bernard Mandeville*. Gargantúa *François Rabelais*. Signos *Maurice Merleau-Ponty*.

#### Referencias en la obra de Lacan 14

La Condición Humana *René Magritte*. Viaje a Montbard *Hérault de Séchelles*. Acerca del Estilo *Conde de Buffon*. Discurso ante la Academia *Conde de Buffon*. La "humanización" del hombre *Louis Bolk*. La belleza será convulsiva *André Breton*. El Extasis *John Donne*.

#### Referencias en la obra de Lacan 15

Semíramis construyendo Babilonia *Edgar Degas*. Tragedia *Aristóteles*. Diario de un escritor *Fedor Dostoyevski*. Antígona *Aristóteles*. Los Nueve Libros de la Historia *Herodoto*. Esbozo de una serpiente. *Paul Valéry*.

#### Referencias en la obra de Lacan 16 El Amor cortés

Los Cátaros *René Nelli*. Libro de los dos Principios *Juan de Lugio*. Consolamentum Acerca del Gay Saber *Gérard de Sède*. Trovadores Occitanos *Marcabré* y *Arnaut Daniel*. Arnaldo Daniello *Dante Alighieri*. *Minnesinger*.

## *Índice General de la Colección por autor*

Autor	Título	Vol.
<i>Allais, Alphonse</i>	Un rajá que se aburre	3
<i>Alighieri, Dante</i>	La Divina Comedia	5
<i>Apollinaire, Guillaume</i>	Las tetas de Tiresias	8
<i>Apollinaire, Guillaume</i>	El Encantador pudriéndose	10
<i>Apolodoro</i>	El tonel de las Danaides	11
<i>Apolodoro</i>	Sobre Tiresias	8
<i>Apuleyo</i>	El Asno de Oro	1
<i>Arcimboldo</i>	El Bibliotecario	5
<i>Aristóteles</i>	Tragedia	15
<i>Aristóteles</i>	Antígona	15
<i>Arnaut Daniel</i>	Trovadores Occitanos	16
<i>Bolk, Louis</i>	La "humanización" del hombre	14
<i>Borges, Jorge Luis</i>	Acerca del Obispo John Wilkins	11
<i>Breton, André</i>	El Amor Loco	6
<i>Breton, André</i>	La belleza será convulsiva o no será	14
<i>Buffon, Conde de</i>	Acerca del Estilo	14
<i>Buffon, Conde de</i>	Discurso ante la Academia	14
<i>Caillois, Roger</i>	Mimetismo y Psicastenia Legendaria	2
<i>Calvino, Italo</i>	La camisa del hombre contento	11
<i>Caravaggio</i>	Bacco	3
<i>Caravaggio</i>	El sacrificio de Isaac	11
<i>Carpaccio</i>	San Giorgio Combattente	2
<i>Cicerón, Marco Tulio</i>	Sobre la naturaleza de los dioses	11
<i>Colette</i>	El niño y los sortilegios	6
<i>Christophe</i>	El axioma de M. Fenoulliard	1
<i>Chuang-Tzu</i>	El sueño de Chuang-Tzu	3
<i>Dante Alighieri</i>	Arnaldo Daniello	16
<i>Degas, Edgard</i>	Semíframis construyendo Babilonia	15
<i>De Sède, Gérard</i>	Acerca del Gay Saber	16
<i>Donne, John</i>	El Extasis	14
<i>Dostoyevski, Fedor</i>	Diario de un escritor	15
<i>Eliot, T. S.</i>	El sermón del fuego	8
<i>Eluard, Paul</i>	Los pequeños justos	3
<i>Eurípides</i>	Hécuba	1
<i>Goethe</i>	Fausto	6
<i>Goya, Francisco de</i>	El sueño de la razón produce monstruos	9

<i>Harundsu</i>	Estampa japonesa	6
<i>Heidegger, Martin</i>	Lo Bello	1
<i>Heidegger, Martin</i>	La Cosa	2
<i>Heine, Heinrich</i>	Cuadros de viaje	9
<i>Heráclito</i>	El Oráculo de Delfos	12
<i>Herodoto</i>	Los nueve libros de la Historia	15
<i>Hérault de Séchelles</i>	Viaje a Montbard	14
<i>Hesíodo</i>	Mito de Pandora	6
<i>Hesíodo</i>	Sobre Tiresias	8
<i>Horacio</i>	El tonel de las Danaides	11
<i>Hugo, Víctor</i>	Booz Endormi	2
<i>Jarry, Alfred</i>	Ubú Rey	7
<i>Jones, Ernest</i>	Temor, culpa y odio	7
<i>Juan de Lugio</i>	Libro de los dos Principios	16
<i>Kant, Immanuel</i>	Ensayo sobre las magnitudes negativas	9
<i>Lagache, Daniel</i>	El Psicoanálisis y la Estructura de la Personalidad	5
<i>La Rochefoucauld</i>	Máximas y Sentencias	12
<i>Lessing, Gotthold Efraim</i>	Laocoonte	3
<i>Longo</i>	Dafnis y Cloe, I	2
<i>Longo</i>	Dafnis y Cloe, II	3
<i>Luciano de Samosata</i>	El tonel de las Danaides	11
<i>Luciano de Samosata</i>	Diálogos de los muertos	8
<i>Lutero, Martín</i>	Por medio de la ley...	2
<i>Lutero, Martín</i>	La voluntad determinada	4
<i>Magritte, René</i>	La Condición Humana	14
<i>Mandeville, Bernard</i>	La Fábula de las abejas	13
<i>Marcabré</i>	Trovadores Occitanos	16
<i>Marx, Harpo</i>	El rostro de Harpo Marx	12
<i>Mauss, Marcel</i>	Teoría general de la Magia	12
<i>Meng-Tsé</i>	El libro de Mencio	7
<i>Merleau-Ponty, Maurice</i>	Signos	13
<i>Munch, Edvard</i>	El grito	7
<i>René Nelli</i>	Los Cátaros	16
<i>Nietzsche, Friedrich</i>	Antes del nacimiento del sol	4
<i>Ovidio</i>	El tonel de las Danaides	11
<i>Ovidio</i>	Las Metamorfosis	8
<i>Palladio, Andrea</i>	Teatro Olímpico	4
<i>Pascal, Blaise</i>	Pensamientos	3
<i>Pascal, Blaise</i>	Discurso acerca de las pasiones del amor	7



<i>Picasso, Pablo</i>	No busco, encuentro	4
<i>Plutarco</i>	El oráculo de Delfos	12
<i>Pobers, M.</i>	Acerca del Obispo John Wilkins	11
<i>Poitiers, Guillaume de</i>	Tres poemas	9
<i>Prévert, Jacques</i>	Pater Noster	4
<i>Prévert, Jacques</i>	La Pesca de la Ballena	5
<i>Proust, Marcel</i>	El mito de Albertina	9
<i>Quincey, Thomas de</i>	El asesinato considerado como una de las bellas artes	4
<i>Rabelais, François</i>	Apólogo de las palabras heladas	9
<i>Rabelais, François</i>	Gargantúa	13
<i>Rimbaud, Arthur</i>	A una razón	1
<i>Sade, Marqués de</i>	Sistema del Papa Pio VI	1
<i>San Juan de la Cruz</i>	Noche oscura	6
<i>San Pablo</i>	Epístola a los Romanos	2
<i>Sartre, Jean-Paul</i>	La Mirada	11
<i>Séchelles, Hérault de</i>	Viaje a Montbard	14
<i>Tito Livio</i>	Apólogo de Menenio Agripa	11
<i>Valéry, Paul</i>	Esbozo de una serpiente	15
<i>Virgilio</i>	La Eneida	5
<i>Wordsworth, William</i>	Odas	7
<i>Zurbarán</i>	Santa Agata, Santa Lucía	13



El juicio de un loco *Imaginería de Epinal*  
Del arte de conversar *Montaigne*  
La verdad de parto *Baltasar Gracián*  
Gogito *Descartes*  
Rondels *Stéphan Mallarmé*  
Noches Aticas *Aulo Gelio*

FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO EN LA ARGENTINA